Manuel Alonso Alcalde

ESOS QUE PASAN. Y LA MUERTE

colección "Leopoldo Alas"

Obras publicadas en la Colección "Leopoldo Alas"

1. Doce cuentos y uno más, *de Lauro Olmo.*
   Premio «Leopoldo Alas» — 1955
2. Antología del I Premio "Leopoldo Alas".
3. Sobre la piel del mundo, *de Jorge Ferrer-Vidal.*
   Premio «Leopoldo Alas» — 1956
4. La Noticia, *de Manuel San Martín.*
5. Los desterrados, *de Ramón Nieto.*
   Premio «Leopoldo Alas» — 1957
6. Aljaba, *de Esteban Padrós de Palacios.*
7. La rebusca y otras desgracias, *de Daniel Sueiro.*
8. La peseta del hermano mayor, *de Lauro Olmo.*
9. Muertos y Vivos, *de Julián Gállego.*
   Finalista «Leopoldo Alas» — 1957
10. Fe de vida, *de Jorge Ferrer-Vidal.*
11. Los Jefes, *de Mario Vargas.*
    Premio «Leopoldo Alas» — 1958
12. Ligeramente Negro, *de Carmela V. Saint-Martín.*
13. El viejo de las naranjas, *de Pedro Espinosa.*
    Premio «Leopoldo Alas» — 1959
14. La Víctima, *de Víctor Mora.*
    Finalista «Leopoldo Alas» – 1959
15. Cuentos de la buena y de la mala pipa, *de Manuel Pilares.*
16. Cuando lleguen las golondrinas con la primavera, *de J. Ferrer Vidal.*
17. Lo que hablan los microbios, *de Angel Menéndez (Kalikatres)*
18. Un Poco de polvo, *de Genaro Compañ.*

Obra de próxima aparición

Recado de escribir, *de Enrique Badosa.*

Colección "Leopoldo Alas" n.º 19

ESOS QUE PASAN. Y LA MUERTE

ESOS QUE PASAN.
Y LA MUERTE

Por

MANUEL ALONSO ALCALDE

EDITORIAL ROCAS
Laforja, 138
BARCELONA

© EDITORIAL ROCAS
Depósito legal. B. 297 - 1961
Número de registro 3753 - 60

M. ALONSO ALCALDE

Premio Marruecos, de Poesía: 1956.

Premio Africa, de Periodismo: 1957.

Premio de poesía, de la República Dominicana: 1958

Finalista "Premio Leopoldo Alas": 1958.

Premio Ateneo de Teatro, Madrid: 1959.

Premio "Sésamo"

UNA HORA PARA LA ETERNIDAD

El Médico de Niños introdujo el fonendoscopio y el termómetro en la cartera de mano y diagnosticó:

—Cólera infantil.

Y el Padre de la Niña de Dos Años se volvió de espaldas antes de interrogarle, porque le asustaba conocer la verdad:

—¿Es grave?

El Médico de Niños extrajo su bloc de recetas y su pluma y escribió en la primera hoja. Después arrancó el papel y lo depositó sobre la camilla.

—Compre esto en la Farmacia y que se lo pongan a su hija en seguida.

El Padre de la Niña de Dos Años preguntó de nuevo:

—¿Cree usted que es grave?

Al Médico de Niños no le gustaban las escenas y replicó conciso:

—Bastante. Por la deshidratación sobre todo. — Recogió su cartera. —La visita son cien pesetas.

La Madre sacó de la cómoda una caja redonda que encerró una anguila de mazapán en Navidad y ahora contenía las quinientas pesetas del plazo

semestral de la «Siempreviva, S. A., Sea Usted Previsor». Tendió un billete al Médico de Niños y éste lo cogió sin mirarlo y abrió la puerta del piso y salió a la calle y, mientras calentaba el motor, indicó al Padre de la Niña de Dos Años, que se había acercado a despedirle:

—No se debe perder un momento. Yo que usted tomaría un taxi. Una hora más en esas condiciones podría resultar fatal para la niña.

Y puso en marcha el automóvil y el humo del escape envolvió al otro como una nube triste. El Padre de la Niña de Dos Años le siguió con la mirada hasta el final de la calle, y observó que la luz del stop se iluminaba un segundo.

El Médico de Niños habló consigo mismo:

—Deberían asfaltar estos barrios. Se le hacen a uno polvo las ballestas.

El Padre de la Niña de Dos Años dijo:

—Ponla la toquilla.

Y la Madre envolvió a la criatura en la toquilla del bautizo, y él abrió su carnet del Sindicato y metió los billetes y la receta en medio y se lo echó todo al bolsillo. A continuación indicó:

—Estate preparada. Yo voy a buscar un coche.

El Padre de la Niña de Dos Años se dirigió al Taxista:

—¿Está libre?

Y el Taxista encendió la luz interior del vehículo y estudió con desgana el rostro:

—¿A dónde va a ser?

—Primero a la Farmacia y después al Dispensario del Seguro.

El Taxista dudó un momento antes de replicar. Desconfiaba:

—El pago, por adelantado. — Luego, mientras mentía, deslizó su dedo por debajo de la gorra y rascó con la uña el cuero cabelludo. —Es la costumbre.

El Padre de la Niña de Dos Años puso al descubierto el dinero y el Taxista zorreó:

—Con veinte duros creo que habrá bastante.

La Farmacia de Guardia tenía echado el cierre metálico, pero había un cartel con una luz encima y se leía: «Llamen al timbre», y el Padre de la Niña de Dos Años pulsó el botón, y eran las tres y veinte.

El Mancebo de la Farmacia dormía en la rebotica, sobre un catre. Casualmente soñaba con una playa y una muchacha rubia, y él la había cogido del brazo y marchaban descalzos sobre la arena hacia las rocas y riinnn...

El Mancebo de la Farmacia saltó de la cama y fue a la puerta y llevaba cara de sueño y gesto contrariado. Pensaba: «Uno que quiere una aspirina. O algo para el dolor de mueblas. O Blenocol», y la mera posibilidad de que ocurriera así le dejó vivamente indignado.

El Mancebo de la Farmacia recogió la receta a través del ventanillo y deletreó, adormilado:

—Isoplasma.

Y se adentró en la trastienda y empezó a revolver en las estanterías y musitaba: «Isoplasma, Isoplasma», pero maquinalmente, porque su imaginación seguía en la playa y estaba deseando acostarse de nuevo para ver si lograba empalmar la película.

El Padre de la Niña de Dos Años recibió el medicamento y comprobó que pesaba muy poco y se le ocurrió: «Como una pluma», y recordó que la Madre se quejaba a menudo:

—Esta niña nuestra pesa lo que una pluma.

El Mancebo de la Farmacia dijo:

—Son 64,90.

Y el Padre de la Niña de Dos Años le alargó otro billete y se quedó a esperar la vuelta. Oyó primero la campanilla de la registradora y luego la voz del Mancebo de la Farmacia:

—Aquí tiene.

Y le pasó la receta y el cambio, y el Padre de la Niña de Dos Años repuso:

—Buenas noches y gracias.

Pero el Mancebo de la Farmacia ni respondió siquiera, sino que apagó la luz rápidamente y se hundió otra vez entre las sábanas. Y eran las tres y media.

El Vigilante del Dispensario del Seguro no dormía, roncaba en el vacío. Había bebido mucho aquella tarde y pom, pom, de pronto una bandeja con estrépito de vasos y botellas al suelo,

salvo que en seguida comprendió que era que alguien picaba en los cristales esmerilados de la puerta.

El Vigilante del Dispensario del Seguro se levantó de su butaca y la habitación le dio vueltas, y tuvo una náusea y decidió: «No volveré a beber», porque cada día le resultaba más penoso recobrarse de la resaca. Gritó, malhumorado:

—Ya va.

Y abrió, y al enterarse de lo que ocurría exclamó, y oscilaba:

—Vaya usted a la Clínica de Urgencia. Esto es un Dispensario. No trabaja de noche.

A la luz que se filtraba de la calle miró su reloj, y eran las cuatro menos cuarto, y deseó que dieran pronto las nueve para irse a su casa a acostar. Después regresó a la butaca y al sentarse notó como si el suelo le empujase de repente hacia arriba. Su compadre decía: «Eso se quita poniendo un dedo en la pared». Y el Vigilante del Dispensario del Seguro apoyó su índice en el muro y se quedó dormido en seguida.

El Sheriff disparó sobre Jim, el cuatrero, y el colt 45 ladró cinco veces, y Jim empezó a doblarse sobre sí mismo y la enfermera dijo:

—Una urgencia, doctor.

El Médico de Guardia dejó perezosamente la novela y se encaminó hacia el vestíbulo, y pensaba: «Verdaderamente el Sheriff es dos veces más rápido que el otro». Inquirió:

—¿Qué le ocurre?

El Padre de la Niña de Dos Años explicó su problema y el Médico de Guardia sonrió condescendiente y expuso:

—Las Clínicas de Urgencia no disponen del instrumental necesario para esa clase de intervenciones. Créame que lo siento. Vaya al Hospital, a ver.

Y volvió a su habitación y abrió otra vez el libro y Jim, el cuatrero, se derrumbó definitivamente con cinco balas en el cuerpo a las cuatro en punto de la mañana.

«Tercer Misterio Gozoso: El Nacimiento del Hijo de Dios», y la Hermana bajó la escalera y el Padre de la Niña de Dos Años se adelantó hacia ella y le mostró la ampolla de isoplasma como una ofrenda.

La Hermana meneó la cabeza y vibraron las puntas de la toca:

—Ha llegado usted en mal momento. El transfusor está ocupado. Acuda a un practicante. Utilice el teléfono, si quiere.

El Padre de la Niña de Dos Años se internó en la cabina de la centralita. La Hermana se había puesto triste y reanudó el rosario, pero rectificando: «Tercer Misterio Doloroso: Los azotes a la Columna».

El Practicante se despojó de la americana y el pantalón y empezó a ponerse el pijama y con-

templó a su mujer y arguyó para sí: «Si al menos no se diera esa crema en la cara...».

Acababa de volver de la calle y venía pensando en un strip-tease, y al encontrarla con las mejillas llenas de grasa, se indignó: «Toda la noche trabajando y ella no puede prescindir de la crema».

Sonó el teléfono y el Practicante descolgó el receptor:

—Diga... Sí. Vaya andando para su casa. Yo iré en seguida. ¿Cuál es su dirección?

Y apuntó las señas en su agenda y comenzó a vestirse y su mujer se removió en la cama, y él se acercó a besarla, y ella le rodeó el cuello con sus brazos, y él apagó la luz.

El Practicante dijo:

—Tengo que salir.

—Pero, ¿otra vez, cariño?

Y el Practicante terminó de ponerse la camisa y consultó su reloj, y eran las cuatro y cuarto.

El Practicante colocó el maletín de cuero en la camilla y hurgó en su interior y sacó el vaso y las gomas y empezó a hervir el agua. Luego examinó el brazo de la niña y expuso:

—Habrá que disecar la vena.

El Practicante punzó con una lanceta y brotó una gota de sangre, pero en seguida se olvidó de la aguja, sino que levantó un párpado a la niña y movió gravemente la cabeza y empezó a

recoger los aparatos. Y eran las cuatro y veinte. Dijo:

—Lo lamento. — Y después. —Mis honorarios son doscientas cincuenta pesetas. — Y a continuación, disculpándose. —La salida de noche. Son cosas del Colegio.

Y el Padre de la Niña de Dos Años descubrió su carnet del Sindicato, y la «Siempreviva, S. A., Sea Usted Previsor» se quedó sin su plazo del semestre.

El Taxista regresó a la parada. Murmuró:

Las cuatro y media. La hora del expreso.

Pero le dio pereza marchar a la estación y se justificó ante sí mismo: «El jornal ya está a salvo. Más de veinte duros no habría de sacar». Y cubrió con su gorra el cartel de «libre» y se arrellanó en el asiento.

El Padre de la Niña de Dos Años comenzó a peinarse delante del espejo, porque a las cinco le tocaba su turno en la Fábrica de Hielo. Pensaba: «Le diré: Acaba de morirse. Y él: Le acompaño en el sentimiento. Váyase a casa», y de imaginar que el capataz podía hablar así, le entraron deseos de llorar.

Y la Madre lloró.

LA ISLA

Los domingos, durante la Misa, siempre se le iba su imaginación a la Isla, su imaginación de trece años. Y él no podía retenerla. El Hermano de Literatura, que era muy místico y padecía un tic nervioso como de estar continuamente apartando de delante del rostro las plumas del Angel Custodio, contaba y se extasiaba:

—Me imagino la Gloria como una eterna Misa Mayor.

Pero esto al chico no le convencía. Por muchos esfuerzos que él hiciera, no lograba identificar el Cielo con las capas pluviales, entre nieblas de incienso, de las mañanas del domingo. Si la Gloria fuera como decía el Hermano, se parecería a la Capilla. Dios, como el Director, en un reclinatorio frente al Altar, y los Arcángeles y Serafines, lo mismo que los Hermanos de la Comunidad, en los bancos laterales, con el misal abierto, y los chicos, los bienaventurados, cantando el Kirie, y luego el Gloria, y después el Credo, presididos por la música jadeante del armonio. No. Desde luego que no. El Cielo tenía que ser de otro modo. Con árboles, como la Isla. Como la Isla que resultaba desconocida y tentadora. El

niño sabía de antemano todo lo que pasaba en la Misa, pero nada de lo que pudiera ocurrir en su Isla. El mismo había intervenido alguna vez como monaguillo, haciendo bailar el incensario. Era una cosa divertida el incensario. Sobre todo cuando llegaba el momento de echar humo a la gente. Y con la posibilidad de lanzar un par de nubes a los ojos del Director, él, tan inaccesible, con sus cejas blancas en punta.

Fue el Hermano Director quien recorrió una vez las clases deciendo:

—Es conveniente que los alumnos sepan que la Isla acaba de ser adquirida por el Colegio, pero queda prohibido visitarla. Terminantemente prohibido.

Desde entonces la Isla constituyó un continuo tormento para los muchachos. Y la imaginación les derivaba allí con frecuencia, y debía haber tesoros o quizá una base de submarinos, porque por algo habían prohibido que se visitara. Era curioso, sin embargo, que nadie hubiese apenas reparado en la Isla hasta aquel momento. Aparecía en una de las imágenes del río, con forma de Madagascar, muy cerca de la orilla, separada del jardín del Colegio por un puente de tablas recién instalado. Cuatro pasos de puente. Pero, desde luego, se trataba de una verdadera isla y además estaba prohibido visitarla, y quizá encerrase un tesoro o alguna misteriosa razón oculta en la maleza.

Y el niño cantaba el Sanctus a pleno pulmón

con los otros, pero su mente andaba por la Isla, entre bucaneros y soldados de infantería de marina y japoneses y palmeras malayas. Era la primera vez que el Colegio le proporcionaba una ocasión así. El Colegio era inmenso. Un edificio de fachada de ladrillo, con una Virgen en el coronamiento y patios de recreo con palos de baloncesto y rinconeras para los papeles. Y por dentro, galerías con baldosas relucientes y orlas en las paredes pero no con fotografías de futbolistas, sino con retratos en óvalo de los antiguos alumnos. Las orlas empezaban en 1908 y terminaban en el año anterior. Los chicos de 1908 llevaban bigote y parecían ya ingenieros y, al principio de curso, resultaba entretenido observarles, pero con el tiempo incluso esto llegaba a fatigar. En cambio, uno nunca se cansaba de pensar en la Isla. Las ventanas de la clase daban sobre la parte trasera del edificio, donde había un jardín y una reproducción de la gruta de Lourdes y una jaula con un águila. El Hermano jardinero era muy viejo, lo más viejo que el niño había visto en el mundo. Siempre con su regadera, entre las flores, como una tortuguita moviéndose despacio por un campo de lechugas. El jardinero era al propio tiempo Sacristán de la Capilla y tenía la cabeza blanca. En aquel momento rezaba el rosario y miraba con ojos de présbita, y el niño pensó que sería fácil burlar su vigilancia, y el corazón empezó a latirle con violencia, y desde el mismo instante, *Dominus Deus sabahot*,

la idea comenzó a abrirse camino en su cerebro. Durante un recreo. Escapado. —¿Dónde va? —A la Capilla. —Vaya. Y la Capilla tenía una puerta que se abría al jardín, y la tortuga estaría regando sus flores, y él podría eludir su mirada y llegar hasta el puente. Desde la clase se avistaba el río, de color verde los días corrientes y rojizo y terroso los de lluvia, y había barcas, y a los chicos se les iba constantemente la imaginación. Tres etapas. Capilla. Jardín. Isla. *Agnus Dei qui tollis*. Y el corazón bom, bom, bom, cada vez más veloz.

—¿Dónde va?
—A la Capilla.
—Ande, vaya.

El Hermano Prefecto se quedó sonriendo, porque le gustaba que los chicos fueran piadosos, y el niño entró en la Capilla y mojó los dedos en el agua bendita y genuflexionó ante el Altar. Los ventanales tenían vidrios de colores que uno deseaba meter en la boca y chupar como un caramelo. Luego pasó a la Sacristía. Nadie. Abrió la puerta del jardín. Nadie. Era la hora del recreo. No le podían ver desde las clases. El despacho del Director daba también sobre el jardín, pero ese era el riesgo, un riesgo agradablemente excitante que precipitaba su pulso, bom, bom, bom. Otro riesgo, la tortuguita, con su regadera, entre las flores. El niño le vio. Metido precisamente entre sus flores. Casualmente, precisamente de

espaldas. Un par de saltos. Andando con la cabeza inclinada bajo un seto podado para desenfilarse. Como un soldado de infantería de marina con el fusil en una mano y un cuchillo en la otra. El puente. Bom, bom, bom. Dos saltos más. La Isla.

Muchas zarzas y árboles y tesoros y japoneses. Y hasta alguna ametralladora escondida. El niño se dejó inundar por la luz tamizada y verde, como la de la lámpara del Director. Después anduvo muy despacio. Mañana nadie querría creerle. Cortó una caña y luego un junco, pruebas, y se adentró en la selva. De pronto oyó un rumor de voces apagadas y una breve risa, y tuvo miedo y estuvo a punto de huir, pero mañana contaría y se acercó lentamente, amortiguando las pisadas sobre la hierba. Otra risa y sintió un extraño rigor en la nuca. Bom, bom, bom. No se veía el río ni el Colegio. Unicamente troncos de árboles, zarzas y juncias. El niño solo. En mitad de la selva. Y algún japonés espiándole quizá desde la copa de una palmera. Volvió a sonar la risa. Muy cerca. Y el niño, a través de una cortina de ramas, una cortina de flecos de madera como la de la tienda de comestibles de junto a su casa, vio dos sombras. Un hombre y una mujer. En el suelo. Y reían. El niño abrió mucho los ojos y sintió miedo. No de los japoneses o el Director, sino del horror que veía. Bom, bom, bom. Estuvo observando más de un minuto, y él quería echar a correr y, sin embargo, miraba, y cada vez era

mayor su espanto y la mandíbula le temblaba ligeramente. Luego sintió una náusea y se puso a devolver. El hombre alzó la cabeza sobresaltado y la mujer se arregló sus ropas, y el niño huyó deprisa y la tortuguita seguía regando. Atravesó la Capilla y volvió a mezclarse con sus compañeros en el patio. Pero ya no reía. Jamás volvería a reir. La vida nunca sería ya como antes. Ni la Isla tampoco.

SEIS EN UN TREN

Reserva número 31, de segunda clase, señor Galiani, peluquero. Tiene una callosidad en la mano derecha por la tijera y unos ojos con cerco de vejez prematura, acostumbrados a la caspa y a los cogotes untados de brillantina. Así que no siente escrúpulos en acomodar la coronilla sobre el Renfe calado del respaldo, pero sí el señor Raque, número 32, que es extremadamente escrupuloso y, por lo mismo, tiene cara de conejo. El señor Galiani es dueño de una peluquería y deja descansar la cabeza y enciende un cigarro de peluquero y lo deja quemar lentamente entre los dedos, para que se le amarilleen un poco más las puntas de sus dedos de peluquero. Piensa en Martina y en lo que dirá al verle entrar y en cómo llorará cuando hable de su querido Ernesto y «Mira, papá, él sería lo que fuera, pero nos queríamos mucho; sé que no te gustaba, pero nos hemos querido mucho», y dos nietos, y «no sabes lo que nos queríamos, papá», y «ahora viviremos contigo», de la peluquería, todos de la peluquería. Y Ernesto «porque mi fábrica de Santander», pero sin la peluquería, su viuda y los niños, a dormir en la calle. Y el número 32, señor Raque, que es

extremadamente escrupuloso, comprueba su reserva y al sentarse no dice: «es una porquería», pero pone un gesto equivalente, y arruga su nariz de conejo, y adopta una postura rígida, eludiendo el contacto, y calcula: «Tres horas y cuarto de viaje, menos hora y media en el restorán, noventa y cinco minutos. A cuarto de hora por cigarrillo, seis cigarrillos, y uno más para imprevistos. Al sexto cigarrillo, en Medina. Mañana, el Instituto: Señores alumnos, hoy, por ser el primer día de clase... Mejor: Muchachos. Vamos a hablar de... Primera clase. Le temblará la mano, como cuando las oposiciones. El Tribunal advierte al opositor que le quedan sólo quince minutos. Primera clase. Temblor». El número 35 otea el andén desde la ventanilla. El IV andén de la Estación del Norte, salida 8,15. El mundo en este momento. El andén IV es ahora el mundo para el número 35. Su cerebro funciona con mecánica de cañería. «Un maletero. Pero ella no. La maleta de cuero, con cantoneras. Un muchacho detrás. Su maletón de libros en la carretilla, con el maletero y el muchacho detrás. Mi colegio. Don Trinidad, el cura: «Señor Ferrer. ¿Qué traemos hoy? El sexto mandamiento. Ah, bien. Siéntese. Lo doy por sabido». No hay parvedad de materia en el sexto. Todo pecado. Absolutamente todo pecado. Hasta Amalia, que no llega. Diez, y aparece. Uno, dos, tres, cuatro... El muchacho y su maletón. Lleva lentes. Demasiadas dioptrías para su edad. Ocho, nueve y diez. Tampoco. No llega». Doña

Carmen Lobo, reserva número 36, y también treinta y seis años y profesora en partos y soltera y las hormonas un poco revueltas. Quizá el primer aviso. Todavía nada más que dolores de cabeza y los pómulos de color madera y como gelatina en los cóndilos, pero demasiadas veces sorprendiéndose a sí misma con el pensamiento en el chico del piso de encima, que tiene diez y ocho años y el pelo revuelto. Lo mejor, un viaje. Necesita reponerse. Trabaja mucho. Cada día más niños. «Doña Carmen, el mundo no se acaba tan pronto como dicen». Necesita reponerse y descansar y no pensar en el muchacho del pelo revuelto. En Burgos hace frío, pero es un frío sano. Y ella necesita reponerse y no pensar. El muchacho del maletón, número 33, lleva lentes, y el mozo sube la maleta a la redecilla y él dice: «Gracias» y le da cinco duros y considera que es demasiado, pero al propio tiempo teme que no lo sea. Y se sienta y cruza los pies y «en Deusto se fuma y se comen sardinas y se bebe tinto en las tascas, y los jesuitas no dicen que no, porque ya somos hombres. Únicamente que no a lo de las chicas, pero durante los exámenes, en Valladolid...» Y el número 34 no llega. «Noticias del pedido. —Déme a ver». Ya no necesita hacer el viaje. «—Vaya a canjear el billete». No llega, ni Amalia tampoco. Y el número 35 piensa en el broche de oro y no quiere creer que ella le llamaba «cariñito» sólo porque el broche fuera todo de oro, ni «mañana iré a la estación a despedirte, vidita», a causa pre-

cisamente de que el broche fuese absolutamente todo de oro. Y el tren acaba de arrancar y él dice: «Ya no» y se sienta y se fija en la profesora: «Todavía bonita. No como Amelia. Treinta y cuatro años, o tal vez más. Pero todavía bastante bonita», y la mira a las piernas y Doña Carmen Lobo, número 36, profesora en partos, soltera, piensa: «Estúpido», y se recoge la falda y observa de pasada al muchacho y sigue pensando: «Es guapo. Y sin lentes, probablemente más. Muy joven». Y se inquieta. Y el señor Galiani, peluquero, cierra los ojos; y el muchacho número 33: «Mejor, en la Universidad, pero mi padre...». Y el número 34: «Ahora estará saliendo el tren. Ha sido una suerte recibir la noticia tan a tiempo». Y el señor Raquel: «Debido a ello, la poesía de Garcilaso elude siempre la frialdad formalista de su amigo Boscán. Y a esto venía a referirme cuando...».

EL AVION

El Abogado escucha distraídamente a su cliente, que le hablaba de una finca y de su vecino. El cliente había llegado del pueblo hacía unos minutos en el autobús de línea y daba vueltas a la boina entre las manos y se expresaba con mucha indignación. Decía:

—Se quiere meter en mi parcela. Y si me descuido se quedará con ella. Menudo zorro, el tío.

El Abogado contestó con descuido:

—Sí, sí.

Y consultó su reloj y se movió impaciente en la butaca, porque eran las 11 y 20 y el avión aún no había pasado, y era la primera vez que ocurría, y ya empezaba a preocuparle seriamente el retraso.

—Sobre todo, que se ha dejado decir que corrí los mojones cuando compré el terreno. Figúrese.

El Abogado meneó la cabeza asintiendo, pero su imaginación no se encontraba en aquellos instantes en el despacho, sino muy lejos, en la ruta del avión «Iberia», a setecientos metros de altura. Todos los días, desde hacía seis años el avión volaba por encima de su casa a las 11 y 5 en punto, aunque dos minutos antes se dejaba oír el rumor de los motores, que percutía sobre los cris-

tales del balcón y los hacía retumbar. Al escucharlo, el Abogado dejaba sus papeles, o si estaba con un cliente decía: «Perdone», y se dirigía a la ventana, y buscaba el aparato en el cielo, y cuando le localizaba, lo seguía con la mirada hasta que le veía desaparecer. Sólo entonces volvía a su sillón y reanudaba su trabajo. Tenía cuarenta años, pero los aviones le entusiasmaban como cuando era niño y estaba en el colegio y hablaba con los chicos de Barberán y Collar y del «Jesús del Gran Poder». En aquella época aún se llamaban aeroplanos, y, cuando aparecía una avioneta en el campo de San Isidro, los frailes del colegio les llevaban allí de paseo, y no a los pinares, para que los muchachos la vieran volar.

—Yo tengo mis escrituras. Y no estoy dispuesto a dejar que me pisen.

El Abogado dijo:

—Claro.

Pero, en el fondo, la escritura de su cliente le tenía ahora sin cuidado. Pensaba: «Debe haber ocurrido algo», y seguía revolviéndose inquieto y afinaba el oído, por si captaba el runrun de las hélices. Diariamente durante seis años el avión había cruzado por encima de su casa y hoy no, y tenía que haber ocurrido algo, y esta idea le intranquilizaba. La imagen del avión se había hecho familiar y constante, y por eso en aquellos momentos parecía como si le faltase algo. El aparato era de color plomizo los días grises, y brillante y metálico cuando hacía sol, y avanzaba

recto si era una mañana tranquila o escorado y oblicuo, como los perros al correr, si soplaba el viento. Y el Abogado había cumplido los cuarenta años, pero no por eso dejaba de acudir a la ventana a ver pasar el avión. Al principio, llamaba a sus chicos: «Mirad, un avión», pero en seguida se desengañó, porque a ellos no les interesaba en absoluto. Pensaba: «Otra generación».

—No me gustaría meterme en un pleito pero tampoco cruzarme de brazos y consentir que me avasallen.

El Abogado respondió:

—Desde luego.

Pero seguía pensando en su avión, con más desasosiego cada vez. Tenía cuarenta años y tres niños y todavía le entusiasmaban los aviones, y en cambio a sus hijos les dejaban indiferentes. Y eso que el Abogado estuvo en la guerra y ellos no, y un caza había picado para ametrallarlo, y había visto pasar los bombarderos formados, con su vuelo pesado, y se había alegrado diciendo:

—Allá van las pavas. Hoy, al menos, nos dejarán tranquilos los de enfrente.

Y el avión no llegaba, y eran las 11 y media, y el cliente seguía hablando de la finca, y el Abogado no podía concentrar su atención en el problema. Se levantó de pronto. Dijo:

—Perdone.

Y fue a la mesa y buscó un número en la guía y descolgó el teléfono y marcó y salió una voz de muchacha:

—¿Diga?

El Abogado repuso:

—¿Ocurre algo con el avión? Lleva casi media hora de retraso.

La voz contestó:

—Me informaré. No cuelgue.

Mientras esperaba, el Abogado sintió un vacío en el estómago, una extraña sequedad interior, y cuando oyó que le decían: «Oiga», le dio un vuelco el corazón:

—El aparato ha despegado normalmente. Hubo que repesar el equipaje y por eso se ha demorado un cuarto de hora. Pero no ocurre nada.

El Abogado respondió: «Gracias», y colgó, y volvió a su asiento, y el cliente dijo:

—Al fin y al cabo, yo no hubiera necesitado la finca. Yo tenía mis tierras. Y si...

Se oyó un runrun lejano y los cristales retemblaron. El Abogado se puso en pie de un salto:

—Discúlpeme.

Se dirigió a la ventana y recorrió el cielo con la mirada y cuando, al fin, descubrió el avión, sonrió involuntariamente. Siguió con los ojos al aparato y cuando éste desapareció detrás de los tejados, se reintegró de nuevo a su butaca. Ahora se sentía benévolo, favorablemente predispuesto a aquel hombre, que hacía rodar la boina entre las manos. Sonrió. Dijo:

—Vamos a ver. ¿Quiere contarme de nuevo su caso?

EL SENADOR TIENE UN PROBLEMA

Antes él no sabía nada ni había oído nada. Sus primeros recuerdos databan de mucho tiempo atrás, porque aunque él no se hacía idea del tiempo, sí se daba cuenta de que entonces tenía la levita otro brillo y el lienzo otro empaque. Pero fuera de esto no sabía nada. Nunca había sabido absolutamente nada de nada, salvo que en su vida siempre hubo una pared enfrente: a veces cortinas y un balcón, pero, desde luego, una pared. Y la pared y sus recuerdos constituían todo su mundo. Y, además, el silencio. Él estaba acostumbrado al silencio, y lo agradecía, porque con los ruidos vibraba la tela y esto le dejaba desasosegado e inquieto.

Sus recuerdos arrancaban de un día en que empezó a notar, él no sabía cómo, una cosa espesa que le rozaba, una cosa espesa y empalagosa que le rozaba. Y unos ojos terriblemente fijos. Antes de la pared, mucho antes de la primera pared, había habido delante unos ojos terriblemente fijos en él. Miraban a algo que había a sus espaldas y luego a él, a algo y a él, y seguía un golpe, o dos golpes, y vibraba la tela, y sentía una cosa espesa y empalagosa que le rozaba.

Todo esto antiguamente. Ahora su existencia

resultaba mucho más monstruosa, porque había perdido la paz, y todo lo que le rodeaba, incluso la pared, carecía de sentido, y por eso había perdido la paz. Desde una tarde que se encendió la araña de la sala y vio su pared y también las cortinas, y uno dijo:

—Le presento a nuestro viejo Senador.

Y rió, y la risa sacudió el lienzo y el Senador la odió.

—Dicen que el cuadro tiene cosa, alma. Pero a mí los retratos que le siguen a uno con la mirada me ponen nervioso. Yo quería para esta sala un paisajito. Algo más moderno, con más color. Pero es el bisabuelo, hágase cargo. El querido bisabuelo-senador-grande de España de mi mujer. ¿Quién puede oponerse a todo eso?

Y volvió a reír y el Senador a odiarle.

—Parece que el pájaro se pasó la vida conspirando en el extranjero contra el Gobierno. Ya sabe usted: palacios y bailes y esas cosas, y, entre tanto, venga a alzar partidas para el Pretendiente. Y a dejar en la ruina a su familia, que ahora es también la mía. Mucho remilgo con el Senador, pero si no fuera por mi fábrica, ¿qué? Si no hay más que verle. El ceño, sí. Y también la prosopopeya. Pero fíjese en sus manos. No son como las mías, de luchador, sino lánguidas, finas, de las de no haber dado golpe en la vida. Y ahora, si me lo permite, antes de firmar el contrato, le invito a usted a un jerez tan viejo como mi Senador. ¿Qué le parece?

Y el Senador volvió a quedar a oscuras y en silencio. Pero ya no era igual. Ni nada volvería a ser como antes. Porque ahora ya sabía que él no era él, sino la sombra de otra persona. Alguien distinto de sí mismo. Un ser que ni siquiera estaba presente y, sin embargo, constituía su verdadera realidad.

El pintor puso su alma en el cuadro y el Senador vivía con ella, y preguntaba. Porque, ¿quién era él? Decídselo, por favor. Decidle al Senador quién es, quién era. No se puede vivir en paz cuando se sabe que además del marco y las consolas y la pared y las arañas y el ruido de la calle y el de las risas, hay otra persona que es uno mismo. Ya nunca se puede vivir en paz. Aunque pasen otros cien años o doscientos o una eternidad inclusive.

TESTAMENTO OLOGRAFO

Con mis bienes que hagan lo que quieran. Ya se encargará el Código Civil de hacer por mí el reparto. Y también los lobos. Mis queridos parientes los lobos, cada uno con un despojo mío entre los dientes. Mis queridos parientes de un solterón con mucho dinero y mucha soledad. En realidad, no me preocupa en absoluto el futuro destino de mis cosas. Antiguamente sí, pero ahora nada. Y eso que las coleccioné con auténtico mimo, armas y cuadros y porcelanas y libros, y también mi fortuna y mis acciones en la «Eléctrica, S. A.», y mi gerencia en la «Industrial Metalúrgica», y mis viajes: todo lo que anteriormente constituía la razón de mi vida. Ya nada de esto me importa. Que el Código haga con mis bienes lo que le parezca. Pero mi muerte es mía y debo ser yo quien disponga sobre ella. Porque resulta que me aterra la muerte. Un solterón lleno de manías, con insomnios e hipertensión y hepatitis crónica y mucha tos y muchos años y un poco de reúma y jaquecas y, sin embargo, la idea de morirme me produce verdadero espanto. Ya véis, mis queridos lobos, lo poco atractiva que resulta en la actualidad mi existencia. Una bu-

taca en el Círculo y un sillón en mi casa, delante del balcón, de mi casa al Círculo, dejando transcurrir los días y tosiendo. Un final demasiado incoloro, excesivamente rutinario y mediocre para un hombre de mi especie. Pues, a pesar de todo, me agarro a mi hilito de vida como una araña al suyo. Sujeto mis últimos años con todas mis fuerzas. Por eso voy parcheando como puedo cada nueva gotera, y me he resignado a este olor continuo a medicina que emana de mi persona y tomo mis comprimidos y mis gotas, y me someto a las inyecciones, y sigo mi régimen, sencillamente porque tengo mucho miedo a la muerte.

Atendedme bien. No quiero morir con plena lucidez, puesto que no sé si lo resistiría. Prefiero un colapso, un accidente en la calle, algo que me permita soslayar el último momento, que me desconecte bruscamente del mundo y corte de raíz los cables de mi conciencia. No me importaría ni siquiera la demencia senil, con su hilillo de baba, aunque me dejase clavado hasta última hora en el asiento; pero a condición de que fuese definitiva y borrase por completo mi mente. Lo que quiero es llegar a la orilla sin que yo me dé cuenta de ello.

He sido un hombre importante. Ahora sólo una ruina, pero en otros tiempos una figura. Ni me acuerdo de los Consejos de Administración y Juntas Generales que he presidido en mi vida. Manejé negocios de cientos de millones, y los cientos de vidas colgadas de ellos como unos tristes fle-

cos. Es hoy mismo, que me encuentro retirado de mis actividades, y mi firma todavía se cotiza en la Bolsa. Supongo que es suficiente con lo dicho. Pues, si he demostrado mi capacidad de administrador, no sé por qué no he de aspirar a administrar mi propia muerte. Que hagan lo que quieran con mis bienes, pero mi muerte es mía, y creo tener derecho a dictar mi voluntad acerca de ella. Repito que no quiero una muerte a la antigua, de esas con la mirada serena y esperando, sino al estilo brusco de ahora, lo más rápida e instantánea que resulte posible. Porque sino, no sé cómo voy a poder soportarla, queridos lobos; vuestro solterón tiene un miedo terrible a la muerte.

UN DIRECTOR DE BANCO SE QUEDA SOLO

Que sí, que yo estaba en el portal, y era un portal sucio, con letreros obscenos y losetas despuntadas. Y veía la calle, y la farola, y la acera mojada y reluciente. Todo, incluso la escalera con el pasamanos desdentado y mapas de humedad en las paredes. Todo, repito. No había nada que no fuera natural y corriente. Porque se oía el rumor de la lluvia y se percibía el olor del portal, un olor alto, de muchos estratos, porque habría caído de los pisos, acumulándose allí durante años? Pues lo menos cien. Porque el portal tenía angelotes de escayola, y cenefas con lazos, y unos frescos desteñidos y tristes en el techo. Estuve tiempo y pude anotarlo todo puntualmente. Igual que cuando trabajo en mi despacho, meticulosamente, subrayando con mi lápiz rojo y ordenando los libros y los papeles de encima de mi mesa. En el portal no había nada extraño, salvo que era un lugar detestable de un barrio probablemente horrendo. Un lugar detestable y un olor detestable, y losetas despuntadas, y muchos letreros. Y también dibujos. Y enfrente de la casa, una tapia con afiches despegados a causa de la lluvia. Pero ni rastro de alguien. Ni siquiera rumor de

tacones o unas palmadas de sereno o una música o un grito de borracho. Demasiado silencio. Un muy demasiado silencio. Sólo la lluvia y venga lluvia y cuánta lluvia. Pues lo menos cien años lloviendo. O quizá diez minutos. Porque mi reloj se había detenido. Estaba parado. Justo a las 8 y 20. Unas manecillas completamente tontas y paradas a las 8 y 20. Abiertas como un compás y tontas. ¿Y qué eran las 8 y 20? A las 7 me puse la bufanda. A las siete y uno dije al Interventor: «Téngame preparada la firma muy temprano. Voy a salir de viaje». Y él sonrió estúpidamente, porque es un besugo y no comprende nada. «Voy a salir de viaje. De la v con la i vi y con la a via-je». Un viaje no tiene nada que haga sonreír. Antes, bueno, cuando se llevaba bigotera; pero, en la actualidad, nada que excite a la sonrisa. Se viaja, y ya está. El asiento, en el tren, y un tan tan tan tan, para que uno vaya repitiendo con el ruido las sílabas que uno desea pronunciar. Yo deseaba pronunciar carpeta. Car pe ta. La carpeta O-63. Reservada. Muy reservada. Sólo accesible al Consejo de Administración y a mí. Siete personas, del uno al siete. Juntas. Únicamente siete personas en el mundo sietesecreteando. Inmenso. Un secreto verdaderamente inmenso. De un volumen capaz de empalagar a un Director de Banco. Porque se puede ser Director de Banco sin tener un estómago preparado para contener un secreto de un volumen semejante. Saber claves y balances y barajar cifras y firmar y más firmar

y subrayarlo todo con el lápiz rojo, pero no tener un estómago así. ¿Saben, mis queridos siete señores? Ustedes no quieren un Director de Banco, sino una vaca con estómago de vacas. Y a las 7 y dos salí por la puerta con la bufanda, y el sombrero, y los guantes, y la cartera, y el paraguas, y todo lo demás. ¿Cómo puede un hombre llevar tantas cosas encima sin anotarlo en su vademecum? Y con todo lo demás. Y pensando en Lucía, pensando continuamente en Lucía, y con la carpeta reservada O-63 dentro del estómago. Difícilmente soportable, mis estimadísimos siete señores; lo mismo que una cena con Lucía. Y dónde vamos a cenar, y llévame al Consulat, y ayer la dulce queridísima amiga mía Lina llevaba unas pieles de imitación, y su marido tiene una amiguita que lleva unas garras auténticas. Y llévame al Consulat, Emilio. Vamos a celebrar. No a celebrar las pieles, sino lo nuestro, nuestro queridísimo dulce aniversario de boda, cuántos años? Pues lo menos cien. Tenías entonces una sonrisa fresca, como acabada de estrenar, y las manos de hacer flanes y roscos, y me dijiste: «Cuando nos casemos, todos los días te haré tu postre». Hace la menos cien años. Y yo era un empleadillo de Banca, con lentes, que todo lo subrayaba con su lápiz rojo. Lo del postre también. Entonces no había abrigos de garras ni portales con losetas despuntadas. Una chica rubia, hija de un empleado de la casa. Y yo, que era empleado de la casa también, y tenía lentes. Pero no Director de Ban-

co, todavía no Director de Banco con un estómago de vaca para albergar una carpeta y un secreto tan enorme, una quiebra tan importante. Nuestra quiebra para pensar en el tren quie bra quie bra. La quiebra del Banco Nuevo. Mi quiebra. La nuestra de los siete y uno, y la de Lucía con todas sus garras. Porque sí se puede pensar en el tren en la quiebra. Y en el avión que despega a las 8,05 y se le lleva a uno a Venezuela con su quiebra en el estómago, para que mis queridos siete señores se queden esperando mañana al Director y llevarlo a la cárcel? Para lo menos cien años. No. Las vacas no pueden ir a la cárcel, porque tienen su estómago de vaca para digerir la carpeta de los secretos. Y a las 8,04 abróchense los cinturones y dejen de fumar y queridísimo señor abróchese el cinturón que vamos a despegar y quiere una revista para ir leyendo durante el viaje? Lo menos cien años de viaje. A Venezuela. Con mi carpeta. Con la mi no digerida carpeta, dentro de mi estómago de vaca. Y a las 8 y 20 el reloj parado. Dos manecillas completamente paradas. De las 8 y 20 de hoy o de ayer o de cuándo? De hoy o de un siglo. El portal lleva un siglo esperando con las losetas rotas en los ángulos. Y también rajadas. Abiertas como el fuselaje de no sé qué avión. Rajadas y rameadas en forma de venillas, pero sin sangre. Y en el portal, nadie. Absolutamente. Es que no ha habido nunca nadie en el portal, desde cuándo? Un siglo por lo menos. Un olor

posado capa a capa durante a lo mejor más de un siglo. Que sí, de veras, que estaba en el portal. Y entonces entró. Y no la oí llegar ni sus taccnes taca taca por la acera. No, hasta que estuvo dentro, y pasó sin mirarme o sin verme, y era rubia como Lucía, pero sin abrigos de garras, sólo unos zapatos altos y sus caderas y las costuras de las medias, mientras subía la escalera sin mirar los mapas. Y yo solo, que estaba solo, en el portal. Y había subido la rubia sin sonar sus tacones taca taca en los peldaños. Completamente solo en el portal. En medio de un silencio de muchos estratos? De lo menos un siglo. Algodonoso, espeso, sin resonancias, como en un estudio de radio. Y absolutamente solo después de la rubia, después de que la rubia subió los escalones silenciosamente sin su taca taca, pero con sus caderas y las costuras de las medias, y la calle y la tapia de enfrente también solitaria, y yo solitario. No como en el Banco, que si entran y salen en mi despacho. Digo que sin nadie. Sin siquiera el Interventor con su cara de besugo, con su cara de no sé nada de la carpeta estrictamente reservada, secretísimamente archivada en un estómago de vaca. Pero, por la escalera, mi nombre. Como una pelota, rebotando de tramo en tramo. Hasta el portal. Hasta mi portal solitario. Hasta caer en medio del silencio dejando de botar. Como una pelota en un colchón. Mi nombre mío Emilio, en medio del portal sin nadie, nada más que con las losetas rajadas y unos an-

gelotes desnudos de lo menos? De lo menos cien años de antigüedad. Mi nombre Emilio de Director de Banco, descendiendo por las escaleras. Emilio, Emi-lio. Eeee-mii-liiio. Y por eso, que sólo por eso, subí los escalones sin mirar la humedad, ni las desconchaduras, ni tampoco el pasamanos con brillo de cuántas manos? De lo menos millones de manos. Subí por la escalera lentamente, oyéndome llamar Emilio, que era mi nombre de Director del Banco Nuevo, de mi Banco y mi quiebra, mía, metida en la carpeta y escondida en mi estómago de vaca por siete señores-siete-consejeros-de-la-Administración. Y en el descansillo una bombilla con una reja, enjaulada por nadie, porque no había nadie, todo el tiempo sin ver a nadie, ni a un sereno, nadie, desde cuándo? Desde lo menos un siglo que hacía que estaba en el portal, parado, detenido a las 8 y 20 como las manecillas del reloj de pulsera inmóviles. Subrayándolo todo con mi lápiz rojo para no perder detalle. Para recordar también la puerta entreabierta en el descansillo y Emilio, Emilio, mientras permanecía en el descansillo delante de una puerta y adentro. La puerta abierta y el Director dentro. Por un pasillo largo, completamente a oscuras y sin nadie. Un corredor de una casa o de un? De una casa detestable con un pasillo frío y oscuro y absolutamente detestable. Y Emilio. Más Emilio. Oyéndome llamar por mi nombre en una casa horriblemente detestable. Por mi nombre de Director de Banco, bien afeitado y con lentes y

una carpeta. Y al final del pasillo unas cortinas, y luego Emilio, y luego la rubia en una silla diciendo Emilio, con los ojos cerrados para no mirar a nadie, pronunciando mi nombre de Director de Banco, sentada en una silla, con los ojos absolutamente cerrados en una casa detestable de un barrio horrendo de una ciudad? Probablemente de una ciudad donde yo no había estado nunca, ni en Venezuela, porque el avión empezó a vibrar y la azafata salió de la cabina de los pilotos con su sonrisa de anuncio de dentífrico: «No ocurre nada. Vamos a aterrizar. Un aterrizaje de urgencia. Pero no ocurre nada. Pónganse los cinturones y dejen de fumar, y por favor, conserven la calma, porque no ocurre nada, nada, nada». Y la rubia diciendo Emilio, y yo con mi quiebra mía en la habitación, al final del pasillo, detrás de las cortinas. Y en la camilla muchas manos enlazadas, tocándose los dedos, como una guirnalda. Sólo manos, no caras. No más caras que la de la rubia. Y ella musitando mi nombre que bajó hasta el portal de tramo en tramo. Las manos en la camilla formadas en círculo, abiertas, como estrellas de mar en la playa de Zarauz con Lucía, tocándose los dedos unas con otras, completamente absurdas. Y la rubia: «Ya ha llegado, lo siento. Señala tu presencia». Dos golpes. Emilio. Dos solos golpes. Uno y dos. En la mesa. Dos golpes, Emilio. Porque la rubia dice que debes dar dos golpes, como cuando sacudes la pipa en el cristal de la mesa del des-

pacho. La pipa vacía, completamente vacía como la habitación, menos la rubia y muchas manos en círculo. Dos únicos golpes, Emilio, Director de Banco de cuándo? De hace por lo menos cien años o a lo mejor de ayer. Y yo dos golpes en en la mesa. Uno. Dos. Y un grito que atravesó la habitación como un alambre. Detestable y horrenda. Y la rubia: «Contesta». Otros dos golpes. Más absurdos, completamente absurdos golpes. Un Director de Banco con una quiebra en el estómago golpeando uno dos una mesa. «Di quién eres». Pues Emilio, Director de Banco, con lentes y una bufanda y un paraguas y su carpeta O-63 secretísimamente reservada. Y otros golpes y: «¿Qué sabes de Enrico?». ¿De qué Enrico? Ése no es del Banco. No pertenece al Banco. ¿Qué tengo yo que saber de Enrico? ¿Por qué pregunta la rubia por Enrico? Yo no tengo que saber nada de Enrico. Un Director de Banco, siempre bien afeitado y con lentes y con su queridísima dulcemente esposa Lucía, subrayándolo todo con su lápiz para no olvidar un detalle. ¿De que Enrico? «Contesta. Uno, si vive todavía; dos, si está muerto». Dos absurdos, terriblemente absurdos golpes, unos dos. Porque resulta que Enrico, ¿por qué lo sé?, ha muerto, ¿cuándo? Pues a lo mejor hace ya cien años o ayer. Enrico estaba en la cofa y había bebido y dijo: «Con esta niebla, nada. Ni con prismáticos». Pero había bebido y se asomó y cayó a la cubierta desde el mástil, entre unos bidones. Y tenía el pelo rojo

y pecas en los hombros, y cayó y se aplastó el cráneo en los bidones. Pero un Director de Banco, con su carpeta muy secreta, nada tiene que ver con un marinero borracho, aunque se llame Enrico y haya nacido en Nápoles. Pero la rubia: «Di, contesta» y yo, Emilio, mis dos golpes, mis dos terribles, espantosos golpes en la mesa, y otro grito en la habitación y una mujer que llora. No la rubia, cuidado, con sus ojos cerrados diciendo: «Te oigo», sino una, otra mujer, no la rubia, la que grita: «Mío figlio». Y todas las manos en la mesa formando una guirnalda, tocándose, y la rubia: «No vive», y la otra: «Mío figlio». Y las manos, que rompieron el círculo, de pronto, y yo otra vez solo, con mi carpeta, con mis guantes? Sí. Con mi carpeta y mis guantes. Solo. Un Director de Banco completamente, absolutamente solo, sin nadie, ni siquiera la lluvia o el portal. Terriblemente solo.

—¡¡Enricooo!!

LA DESPEDIDA

(Castillejos, 1958)

Subió el último tramo de la cuesta, pero resollando, porque la carga pesaba veinte kilos y su tristeza otros veinte, y entre la leña y la tristeza eran cuarenta kilos los que llevaba sobre los riñones. La cuesta tenía poco desnivel, el necesario para adaptarse a la forma del túnel que pasaba por debajo, pero en su juventud, como no había túnel, el camino era completamente llano, o, quizá, que a Chumisa se lo parecía.

Había salido de Castillejos a las cinco de la mañana, y a las seis se metió en «los Negrillos» con el hacha, y a las siete hizo un fardo con las ramas que tenía cortadas, y a las siete y media emprendió la marcha hacia Ceuta, y a las ocho subió resollando el camino del túnel. Era la última vez que lo hacía. La despedida.

La despedida era algo que Chumisa no podía recordar cuándo había empezado. Porque si retrocedía en sus recuerdos, nunca llegaba a un punto de partida. Siempre daba con un día anterior; siempre había un día antes, durante el cual también había andado transportando leña.

Seguramente ocurría que Chumisa no había comenzado nunca, sino que llevaba acarreando leña desde la eternidad. Pero si no lograba encontrar el principio, sí podía determinar el final: hoy: la despedida.

Por primera vez en muchos años, Chumisa hizo el trayecto sola. Siete kilómetros y la cuesta del túnel, para subirla jadeando con cuarenta kilos sobre los riñones. Porque, ayer mismo, todavía llevaba con ella el borrico, para los serones de picón, y tiraba del ronzal, y llegaban a Ceuta, y volvían luego a Castillejos, y se metían juntos en la casa, que se encontraba fuera del poblado, en el campo. Pero el borrico estaba tan viejo como la mora, y por la mañana ya no pudo salir, porque ni siquiera se sostenía sobre sus patas. El animal era todo lo que le quedaba a Chumisa de cuando ella tenía 30 años y se pintaba los ojos y las manos. Ella estuvo casada en otros tiempos con un mejasni, y tuvieron un hijo, pero luego el marido la repudió y la dejó sin hijo, sólo con la papela, y la casa, y el burro. Y Chumisa siguió llevando leña y el burro picón, hasta que los dos se hicieron viejos y ella subió la cuesta del túnel por última vez, pero sola: una campesina llena de trapos y con un sombrero enorme con borlas, y las manos sin teñir, y las piernas cubiertas de cuero, pero completamente sola, pero completamente demasiado vieja.

Chumisa pasó el Puente Nuevo y luego la Catedral y llegó al Mercado a las nueve. Y allí se

puso en la rampa de la entrada, donde los moros que venden gallinas, y se sentó en cuclillas en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, pero sin el picón ni el burro, sólo con la leña leñada en «los Negrillos». Y cuando la tuvo vendida, que era por la tarde, emprendió el regreso, paso por paso, muy despacio, porque era demasiado vieja, completamente demasiado vieja. Como el borrico y la casa e incluso la papela. Y con el dinero de la leña compró en una granja un saco de paja y algunas algarrobas y unos puños de heno, y lo llevó a la chabola, que estaba en el campo. El burro seguía acostado en el patio, todo gris, todo absolutamente gris. Y Chumisa puso al alcance del animal la paja y el heno y las algarrobas, y se sentó en cuclillas contra la pared. A dejarse morir.

JUGADOR INTIMO

Dos ases. Igual que antes. Tréboles y corazones. Un corazón redondo. Lo de arriba, unas nalgas. Un corazón redondo, sin flecha. El de Sarita, puede. No juegues, cariño. No me gusta que juegues. ¿Prometes? Prometo. Han pasado los tres. A ver el cerdo. Una torre de fichas. Todas las de la mesa. Nos pela. Le llegan a la barba. ¿Abre? Venga, decídete. Cuento. Toca el fichero. Lo acaricia. Como si fuera a envidar en montón. Seguro que trata de asustarme. Cinco fichas coloradas, de las de a cinco duros. Bueno, no es mucho. ¿También una verde? La verde no, por favor. La verde. Arrastra sus fichas lentamente. La verde son doscientas cincuenta y las coloradas ciento veinticinco. El total, venga, el total: cincuenta y veinticinco, setenta y cinco duros. Si veo, todavía me queda resto. Con dos ases. ¿Acudo? Con dos ases hay que ver lo que sea. Pero antes me sacudió el fulano con lo mismo. Mejor, esperar. Pero una vez que vienen... ¿Voy o no voy? Deprisa. Ya me mira. No conviene que note. Corazón de Sarita.

—Voy.

Ya no tiene remedio. Me quedan setecientas

para aguantar el golpe. Los otros se han tirado. El cerdo y yo. A lo mejor, farol. Un proyecto de mínima u otra porquería cualquiera. ¿A dos puntas? Si es a dos puntas, seguro que mete la escalera. Está de potra el tipo. Lo que más me molesta, los lentes. Deberían prohibir el póker con gafas de sol. Y también esos labios que tiene. Finos y cárdenos. Del Renacimiento. Envenenador o condottiero. He pedido dos naipes. Pareja o trío. O puede que color, porque el tío confía en su chamba. Mis dos ases. El de corazones me va a quitar el gafe. Las nalgas. Por Sarita. ¡Sarita! ¿Me apoyo o no? Me apoyo. ¿En la punta o el ocho? En el ocho. Él se apoya también. Le he calado.

—Dos.

Despacio. Primero, el cigarrillo. Encenderlo sin prisa y guiñar los ojos por el humo y observarle con disimulo. No se inmuta. Con todo el dinero de la mesa, ya puede. Deberían prohibir usar lentes oscuros. Pondré cara de póker. Él no mueve una ceja. Ni un dedo. Unas manos repugnantes, blancas y largas. De envenenador. Guarda espaldas de César Borgia. Ahora te esperas. Voy a pinchar mis cartas. Pero el mirón se va a joro-bar. En la corbata. Que no pueda saber lo que llevo. Pinchándolas despacio. Fuera el cigarro. Al suelo. As. Corazón de Sarita. Barajaré de nuevo mis naipes. Otra vez el as. Buen augurio. Las nalgas. ¿Darán suerte unas nalgas? Milímetro a milímetro. Que sufra. Y también el mirón. De-

berían prohibir los mirones. Gafe. Toda la noche a mi espalda, sin moverse. Despacio. Una esquina encarnada. Puede ser otro as. O una K. Despacio. Una K. Dos ases y una K. No va mal. Habría de cambiar la baraja. Ya no resbala. Grasa. Grasaza de sus manos, qué asco. Otra esquina. Que sea un as, Dios mío. Cinco padres nuestros si sale un as. Si gano, no volveré a jugar. Prometo. El de tréboles. Ése ya estaba. Las que salgan detrás son nuevas. Venga. Si por lo menos resbalasen un poco. Redondo. Desilusión. No es un as. Todo el abanico de golpe. Mierda de mirón. Dos ases, una K, dos ochos. Dobles. A ver qué hace el fulano. ¿Habrá metido el ful? Sin mirones. La próxima vez no me quitará a mí el rincón. Pondré una mesa para tomar café. Flanqueado de torres. Señor feudal. Me traeré las gafas también. ¿Has visto mis gafas de verano, Sarita? Ahora me observa. Estudiando mis gestos. Cara de póker. Inmutable. He de parecer inmutable. Pero la taquicardia... La taquicardia no se oye. Distonía. Sedico y dejar el café y el tabaco. ¿Juega usted? No, no juega, doctor. ¿Verdad que no juegas, cariño? Otra vez con las fichas. Toquiteándolas. Táctica. Me mira. Ahora, seguro. ¿A los ojos? Los lentes. ¿Me mira? Pues yo a él. Dos gallos. Los naipes en una mano y en la otra las fichas. Juguetea con ellas. Grasa. Una carga de fichas. Cinco mil pesetas, lo menos. Viene a sacarse su jornal. Soy un imbécil por jugar con profesionales. Un comercio de confecciones, pero

en el fondo, profesional. Avaro. Deberían echarle del Centro. Como en los Clubs ingleses. Yo pondría la bola negra. Yo. Y también al mirón. ¡Fuera! ¡A la calle! Decídete, marrano. Ya. Pasó. ¡No ligó y ha pasado, Sarita! Alivio. El dinero como si ya fuera mío. Trescientas veinticinco y lo del pot. Me redondea. Ahora le envido y a tomar vientos. Coser y cantar.

—Mi resto.

Con mis dobles parejas. Así es la vida. En cambio antes que había más de mil pesetas, nada. ¡Ha querido, el tío! No hay derecho. Con la escopeta detrás de la mata. Tengo que enseñar. Vergüenza.

—Dobles de ases ochos.

La taquicardia. Sonríe. Acaba de envenenar a un dux por cuenta de Lucrecia. Tan rubia. Con un peplo y un anillo con veneno y sin nalgas. Las mujeres antiguas no tenían nalgas. Lucrecia, Sarita. Sonríe. Todo el montón del centro. ¿Para qué tanto? Presunción. Vamos, las cartas. Todavía pudiera ser. Al fin y al cabo unas dobles de ases. Me enseña. Trío de qus. Hundido. Todo mi resto. Qué horror, y yo sin poderme comprar un vestido. No volveré a jugar. Pero deberían expulsarle del Centro. Bola negra. Una bolita negra. ¿Quién la habrá echado? Misterio. El mirón, impasible. Otra bola para él. Se lleva mi dinero. Barre. Manos gelatinosas. Dos repugnantes medusas sobre el tapete verde. El mar. No hay por qué sonreír. ¿Ha ganado? Pues bueno. Pero no

sonreír por el triunfo. Mal educado. Me quedan seis billetes en el bolsillo trasero del pantalón y otro en el del llavero. Para el taxi. ¿Lo pongo todo? Sí. Todavía puedo recuperarme. Si me recupero, se acabó. Nunca jugaré más al póker. Al dominó. Al tresillo. Inocentes. ¿Al dominó y al tresillo si me dejas, Sarita?

—Redondo.

Padre nuestro que estás en los cielos... del mal, amén. Si me nivelo, no volveré a jugar. Promesa. Pero en serio. Que se muera, si no la cumplo. Me toca dar las cartas. Rápido. Corte. Rápido. Quedan trece minutos. Hora fija. Y el pájaro en cuanto dé la hora, se larga. Ni un minuto más. Va ganando. Si perdiera, ¿echamos otra manita? Gana.

—Casa. Cambio.

Ya está aquí el camarero Solano. Siempre que le toca a él de Caja, pierdo. Corazón de Sarita. Verás desde mañana lo felices que vamos a ser. No volveré a salir de noche. En la cama. Leyendo. No volveré a jugar. He prometido. Se acabó. Pierdo tres mil. Sablearé a Marquitos. Es una bella persona. ¿Y por qué juegas, hombre? Ya ves. Te lo devolveré en tres meses. Una bella persona. En la Facultad, siempre el primero. Abogado del Estado. Buen chico. Mis cartas. Muy despacio. Una salva de extrasístoles. Distonía. No volveré a jugar. Padre nuestro... Despacio. No resbalan. Los niños ya estarán dormidos. ¿El vaso de leche a Cristina? Una jota. Despacio. Un diez.

Una Q. Damas de la baraja francesa. Siamesas. Sin nalgas. Con las caras melancólicas. Un ocho. Con un nueve, aún podría aspirar a la escalera. As. Un fastidio tener que esperar otra mano. Impaciente. Dar cartas a los otros. Sin ilusión. A ver qué pasa. Le han enviado. Perdió. Me alegro. Que se jorobe. Rápido, cartas. Quedan siete minutos. Última ocasión. Sin pincharlas. Deprisa. Un diez. Una jota. Una K. Dos nueves. ¡Mierda! El cabrito ha vuelto a ganar. Deberían expulsarle. La hora. ¿Una manita más? Bueno. ¡Otra mano! Todavía podría... Si van todos, ochocientas por cinco, cuatro mil. Aún saldría ganando. Cartas, cartas. Ya están aquí. Dos nueves. ¿Voy con dos nueves? A lo mejor, hasta meto póker. Ocurre, a veces. No me apoyo. Debo profundizar. La gente se suele descartar de los nueves.

—Tres.

Me toca abrir. Poquito. Veinte duros. ¿Con dos nueves? Hay que mejorar el dinero. Última oportunidad.

—Veinte duros.

Va, va, va, y él también. Todos. Sería un golpe bueno. ¡Sarita! No volveré a jugar. Si me nivelo. Y aunque no me nivele. Prometido. Aunque no me nivele. Por si se enfada Dios. El Colegio. Nunca prometas no hacer un pecado. ¿Es pecado jugar, don Francisco? Claro. Séptimo mandamiento. Ese cerdo nos roba, luego peca. Las cartas. ¡Ful de nueves! Extrasístoles. Disimulando un poco.

—Veinticinco.

Quiere, quiere quiere y ¡quiere! Los cinco. ¡Viva! Última mano. Todos a ver si se salvan. Pero el cerdo... Ya va a tocar las fichas. ¿Envida? Sí. Ha envidado. Empuja el montonazo. Te pesqué. Farol. Quiere, quiere, quiere. Ahora yo:

—Quiero.

Llegó mi momento. Enseñan las cartas. Trío. Uno menos. Dobles. Otro fuera. Escalera a la Q. Falta el envenenador. Ansiedad. ¡Color! La puntilla. Y el mirón sin moverse. Le observaré con cara de cabreo. Que me entienda. ¿Está usted satisfecho? Ahí llega Solano con el cestillo, a contar las fichas. Mis despojos. Cuervos.

—¿Va usted hacia la Plaza Mayor? ¿Me lleva? Gracias.

Desde luego, mañana no hay quien me quite a mí el rincón.

UN ALTO EN LA PROCESION

La señora Micaela, «la guapa», ha empezado a soliviantarse y a gritar porque uno de los penitentes, ella no sabe cuál, la ha pellizcado al pasar en un muslo, y ella es una señora decente, y ahí están doña Elvira, la viuda de Caneco, y Milagritos, la telefonista, que lo han visto, y es una vergüenza que pasen ciertas cosas, y a dónde vamos a parar si ya no se respeta a las mujeres ni durante una procesión. Y aunque no llora, se enjuga los ojos con un pañuelo, para que se vea que la ofensa la ha llegado a lo vivo.

Como la señora Micaela, «la guapa», es dueña de medio pueblo, el paso se detiene, y los costaleros asoman por debajo de las andas, y la gente se arremolina en la acera, y Ginés, el Concejal de Festejos, con su escapulario y su vara de Comendador de los «Devotos de Jesús Nazareno», se abre paso entre el público diciendo, pero con mucho imperio: «Hagan el favor», aunque luego, al llegar donde ella, baje los ojos y empiece a mover la cabeza, como dando a entender, aunque no lo exprese, que parece imposible que haya podido ocurrir una cosa así. Porque Ginés, el Concejal, que es autor de los dos romances del pro-

grama de Semana Santa, está platónicamente enamorado de la señora Micaela, «la guapa», desde el año 32, como todo el mundo sabe, y él no concibe que alguien se haya atrevido a profanar el objeto de su adoración, como él la llama íntimamente, y hasta se avergüenza de que las circunstancias hayan suscitado en su mente, claro que en contra de su voluntad, la imagen del muslo prieto y redondo de Micaela.

La señora Micaela, «la guapa», sabe que es dueña de medio pueblo y él sólo un veterinario, pero no deja de reconocer que ahora que Ginés está a su lado se siente más tranquila, sobre todo después de que ha visto cómo se vuelve a la gente con mucho imperio diciendo: «Paso» y se la lleva a la farmacia, cogida, pero muy suavemente, por el brazo.

Don Adrián, el boticario, como fue de Lerroux antes de la guerra y no transige con lo de las procesiones, se había refugiado en la rebotica a pasar la tarde. Y cuando Ginés se da cuenta de que estaba haciendo versos, no puede reprimir un gesto de ironía, porque entre él y don Adrián existe una antigua pugna literaria, sólo que sin consecuencias, puesto que el Concejal publica sus romances en el programa de Semana Santa y el boticario, que fue de Lerroux antes de la guerra, en el de las Ferias. Sin embargo, cuando Micaela se sienta verdaderamente contristada en el sofá de hule de la rebotica, y don Adrián se pone a preparar una tisana con azahar en el bunsen, el Con-

cejal empieza a considerar que el hecho de que el boticario resulte un poeta detestable, no está reñido con que sea, además, un caballero. Luego, como la farmacia se ha llenado en un momento, Ginés se va para la gente y despeja el establecimiento y echa las persianas, porque realmente no hay derecho a molestar a nadie sólo por la curiosidad.

Don Adrián, el boticario, sirve la tisana en un vaso, y la señora Micaela bebe a pequeños sorbos, y el Concejal la contempla tiernamente, porque, aunque la señora Micaela, «la guapa», que sigue tan soltera como en el 32, tenga algunos kilos más que entonces, para él sigue siendo la misma, y aún no puede estar junto a ella sin sentir una extraña flojedad, como si se le disolviese todo el calcio de los huesos. Ella sabe esto desde hace muchos años y en el fondo la halaga, aunque, como es dueña de medio pueblo y él sólo un veterinario, aparente ignorarlo porque no digan.

Mientras la señora Micaela, «la guapa», bebe su tisana y dice con mucho sentimiento: «Fíjese. Un penitente. A dónde vamos a llegar», don Adrián, que ya está al corriente de lo ocurrido, piensa en Jovino, el del autobús de línea, y sonríe para sus adentros; porque el otro día Jovino, el del autobús, entró a por un jarabe, y en aquel momento acertó a pasar por delante de la farmacia la señora Micaela, y el otro dijo: «Pero, ¿ha visto usted cómo se conserva, y qué carnes

tan duras, y, sobre todo, lo bien que las lleva?».

La señora Micaela, «la guapa», se encuentra más calmada, porque Ginés, el Concejal, que está muy impresionado, asegura que no parará hasta descubrir al sátiro y meterlo en la cárcel. Y don Adrián, el boticario, se acuerda de Jovino y piensa si debe o no avisarle, porque Ginés es un reaccionario y Jovino un pobre conductor de autobuses y para algo fue él de Lerroux antes de la guerra. Pero cuando ella se levanta y dice: «Muchas gracias» y le sonríe, decide que no, porque la señora Micaela, «la guapa», una vez en pie, con sus caderas y su busto, resulta que impresiona, y pensándolo bien, Jovino es tan oscurantista como el que más, puesto que anda vestido de penitente por las calles.

Ginés, el Concejal, abre otra vez la puerta de la farmacia y se mete con mucho imperio entre la gente y la aparta, a fin de que la señora Micaela, «la guapa», pueda pasar como una reina. Y luego, cuando ella vuelve a ocupar su puesto en primera fila, en la acera, y Ginés, el Concejal, la pregunta si puede seguir la procesión, y ella dice que sí, y los costaleros se meten debajo de las andas, y el paso reanuda su marcha, la señora Micaela, «la guapa», empieza a pensar seriamente que si se casara con el Concejal sería una persona verdaderamente importante.

CONFESION DE UN «AUGUSTO»

La vida no está bien organizada, ¿sabe usted? Y no lo digo por lo que usted se figura, puesto que, al fin y al cabo, con mi pata chula voy y vengo donde me parece y, pensándolo bien, pude haber quedado bastante más escacharrado de lo que estoy, sino por Mikey. Porque él tiene toda una vida por delante, ¿comprende? Y no hay derecho a que se me entierre en una mina de carbón para los restos. Toda una vida por delante, fíjese. Por lo menos su abuelo, que en gloria esté, llegó a los 92, y a sus 80 todavía cascaba avellanas con los dientes. Y si el padre de Mikey palmó joven, fue por lo de la caída, que le dejó baldado, sin ganas de vivir.

Yo conocí al padre de Mikey en sus buenos tiempos. Le llamaban Mikey «el grande». No ha habido otro como él. Y cuando trabajaba en las anillas, que era lo suyo, y hacía «el cristo», y se le abultaban los músculos, la gente decía «oh», porque nunca habían visto un cuello y unos tríceps como aquellos. Sólo que las cosas del circo son así, y el empresario siempre pide más, y uno tiene que mejorar su número como sea o irse a la puñetera calle. Por eso me gusta este trabajo

de ahora y no lo cambiaría por nada. Y si el padre de Mikey me hubiera hecho caso, las cosas habrían rodado de muy distinto modo. Pero era un cabezota, como el chic, y cuando decía «allá voy y no hay más que hablar», perdía uno el tiempo poniéndose a porfiar con él.

Fue una chulada lo de colgar los aparatos en la punta del mástil, lo menos a diez metros del suelo. Y que nada de redes, como los del trapecio, sino a cuerpo limpio. Una verdadera chulada. Porque de sobra sabía él que eso no le iba a su número y que era estropear el trabajo y exponerse a lo tonto. Yo ya se lo advertí, pero ¿qué?, que el tío me contestó que si había que romperse la cabeza se la rompía uno y en paz, pero que desde luego a él no había quien le echara la pata delante. Y es que Mikey «el grande» tenía mucho amor propio y era capaz de todo, menos de cruzarse de brazos a ver como las letras de su nombre iban bajando de tamaño en los carteles. Claro que, pensándolo bien, al público le daba igual que las anillas estuvieran arriba o abajo, porque lo que ocurría era que los números de fuerza iban gustando menos, y que los tipos como Maciste o Mikey ya no tenían nada que hacer en el circo. La gente empezaba a cambiar, ¿usted me comprende? Eran otros tiempos, y el circo andaba ya en camino de ser lo que es ahora, un espectáculo de muñecas. Pero Mikey, «el grande», tenía su amor propio y dijo que él no se quedaba atrás, y se puso a haber barbaridades

y a jugarse el tipo allá arriba, hasta que se pegó la torta. Todavía no comprendo cómo no se quedó en el sitio, del golpe. Diez metros en picado, uno tras otro, ¿usted se fija? Pero ya le digo que Mikey, «el grande», era un verdadero becerro, si los hay, un tío tremendo. Imagínese que cuando estaba en la camilla hecho un higo, todavía andaba emperrado en volver a saludar a la pista, porque decía que un artista de su categoría no podía despedirse del público a la francesa.

Sin embargo, cuando salió del hospital, ya no parecía la misma persona. Se nos presentó en una silla de ruedas, doblado por la mitad, y el empresario tuvo lástima de él y me lo puso en la taquilla a despachar entradas. Pero como Mikey tenía su amor propio, en seguida empezó a languidecer y a amustiarse, y cascó. Fue entonces cuando me quedé con el chico. No lo hice por nada, sino porque le tenía ley a su padre. Porque Mikey, «el grande», con ser quien era, nunca me miró por encima del hombro, como otros. Y es que en el circo también hay clases, ¿sabes? Y los «augustos» éramos lo último, menos que los montadores o los mozos de parque. La escoria, vamos.

Luego ocurrió que yo también me di la torta haciendo una parodia en el alambre, y quedé tan averiado que tuve que dejar la troupe y meterme a feriante. Y no me pesa, oiga, porque el circo es muy sujeto, y poco agradecido además. Ahora vivo tranquilo, sin complicaciones. Tengo mi caseta de tiro al blanco, cosa de poco, desde luego,

y un par de atracciones de las de probar la fuerza. Sólo para ir tirando.

Desde que ocurrió lo de Mikey, siempre he tenido al chico conmigo, y lo que pasa, que, ahora, como si fuera mío. Yo no tengo otra familia, ¿comprende? Pero como lleva la sangre que lleva, mientras le vi crecer, nunca me sentí tranquilo del todo de que no le diera la venada y se me largara a probar fortuna por ahí. Sin embargo, hay que reconocer que el muchacho nunca me dio que cavilar en esto, al menos hasta hace muy poco. Cumplió los 16, los 17, los 20, y todo marchaba por sus raíles, y yo empezaba a abandonar mis preocupaciones. Porque a Mikey le gustaba el ambiente. Y es que la feria tiene eso, que se rueda mucho, pero no hay que romperse la cabeza maquinando. Usted baja el toldo a las ocho y se pone a trajinar con las escopetas hasta la madrugada. Pero el resto del tiempo es suyo, ¿se fija?, completamente suyo. Sin embargo, vea usted, nunca se sabe por qué parte van a venir los tiros. Porque si a Mikey no se le hubiese ocurrido enamorarse, no habría pasado nada, y todo hubiera seguido lo mismo que hasta entonces. Pero se enamoró. ¿Y de quién cree usted? Pues no de una chica de su edad, sino de una vedete del «Teatro Sanders», lo menos cinco años mayor que él. ¿Sabe usted a quién me refiero? Una rubia muy flaca que canta con acento francés, aunque es natural de Toledo. Hay que reconocer que la chica es bonita y tiene su gancho, pero a mí, des-

de luego, no me habría quitado el sueño. Claro que yo soy de otra época y me gustan más metidas en carnes. Pues sí, se enamoroó de ella y yo quise quitárselo de la cabeza, pero como el chico es testarudo como su padre, ¿qué cree usted que conseguí?

El «Teatro Sanders» es una barraca de mala muerte. Cosa de nada. Cuatro tablas y un escenario, y a rodar por las ferias, a diez duros por cráneo más la comida. ¿Cree usted que eso es porvenir para una chica? Pues ahí la tiene usted, con 32 años, lo menos, y 40 kilos, y creyéndose la dueña del mundo. Porque ahora viene lo gordo, dése cuenta. Resulta que Mikey se embaló y se fue para ella y la dijo que la quería, y la otra le contestó que quién se había creído que era, y que ella no estaba tan achuchada como para encajarse con un triste feriante como él. Como si el «Teatro Sanders» no perteneciese también a la feria y no pagara su parte en las subastas como nosotros, aunque, como es un barracón de cuatro perras, se queda siempre con el peor terreno. Imagínese: un chicarrón como mi hijo, guapo y lleno de vida.

Y no crea usted que paró aquí la cosa. Porque, al fin y al cabo, una chica puede hacer lo que le dé la gana y enamorarse de quien quiera, y si todo hubiera quedado así, Mikey se hubiera resignado y en paz. Pero la tiparraca va y se lía con el dueño de los «avions à plaisir» y los coches eléctricos. Ya sabe usted quién digo. Ese fulano

gordo, de sombrero, con los dedos llenos de anillos. Ahora anda podrido de millones, pero cuando empezó hace quince años, estaba empeñado hasta las cejas. Le llaman don Román, al tío. ¿Cree usted que vive lo mismo que nosotros? Qué va. Él llega a un sitio y se mete en el hotel, y manda a uno que le vigile la instalación de los aparatos y a otro que lleve la caja por las noches, y ya lo ha hecho todo. Así es la vida.

Pues don Román fue y se encaprichó de la rubia, y ella dejó el teatro y se le pegó como una lapa, y ahora viven juntos, y aunque van con la feria, como todos nosotros, no quieren saber nada del asunto. Por eso digo que la vida no está bien organizada. Porque Mikey, en lugar de dejar en paz a la chica, se pasa el día espiándola, cada vez más desesperado. Vamos, que se le ha enconado la rubia. Pero él se da cuenta de que todo ha sido por causa del dinero, y de que siguiendo de feriante como hasta ahora, nunca llegará a ninguna parte. ¿Y sabe usted con lo que me sale? Con que quiere irse a una mina de carbón que hay en Bélgica. 400 púas diarias, según dicen. Al año, un buen montón de duros, hay que reconocerlo. Pero, ¿qué? Porque por muchos billetes que pueda amartillar, nunca llegará a ponerse a la altura del otro. Y, después de todo, por una rubia de cuarenta kilos de peso, no merece la pena hacerse polvo el pecho picando antracita. Digo yo.

Claro que como es un cabezota, se irá. Y yo ya estoy demasiado viejo para acompañarle, y,

además, con mi pata chula, ¿qué iba yo a hacer en una mina? Se irá, ¿se da usted cuenta? Y volveré a quedarme solo, completamente solo, como antes de que fuera mi hijo. Aunque, después de todo, que haga lo que quiera. Allá él. Ya es mayorcito, ¿no? Pero eso no quita para que esta vida sea una verdadera porquería.

FE

Tengo fe. El párroco dijo durante la Misa, en el sermón:

—Vivimos una época sin fe. ¡Oh, si los hombres supieran el tesoro que tienen a su alcance! Podrían hacer milagros. Obligar a los mares a retirarse, a los ríos a modificar su curso, a las montañas a cambiar de lugar. Ya lo dijo el Señor: «La fe mueve los montes».

Bueno, yo tengo fe, y sin embargo no he conseguido lo que me propuse. Me aposté en la terraza de la casa de enfrente, desde la que se ve la de Genaro. Y pensé: «Que se caiga ahora mismo». Lo pensé con los ojos cerrados, perfectamente concentrado, ayudando al impulso con todas mis potencias. Incluso contemplando con mi imaginación cómo se producía el desastre. Primero era una piedrecita que se desprendía de la pared; luego una desconchadura en el encalijo de la fachada. Genaro encala la fachada, pero no se gasta ni un real en pintura para los balcones. Con siete duros de cal y un poco de ani-

lina amarilla, arreglado. No me explico qué hace con todos los millones que tiene. Se desconchaba la fachada y caían unas obleas de cal a la calle, y un señor que pasaba miraba hacia arriba y se sacudía el sombrero. Después ya se oía un chasquido. Un rumor muy débil, pero seco, como los muebles cuando crujen. Una teja se cambiaba de sitio y el canalón se movía un poco hacia un lado. Todo muy despacio, muy natural. Y Genaro fumando su puro en el balcón, como todas las tardes. Con su papada y su cara encendida de hipertenso, de repugnante millonario hipertenso. Ignoraba lo que se le venía encima. Habría oído el ruido y diría: «Vaya, otra vez los del tercero empujando el piano». Pero todavía no sospechaba nada. Tan tranquilo, sin saber que la casa se le venía encima. Con todos sus sillones y sin presumir que el edificio se derrumbaría de un momento a otro. Luego, de repente, se abriría una de las hojas del mirador de la rotonda y un cristal se vendría abajo con estrépito. Pero todo ocurriría lentamente, muy lentamente, para que a Genaro no le quedase tiempo de ponerse a salvo. Me habrá ganado el pleito, no lo niego, pero se llevaría su castigo. ¡Toma desahucio! No se puede hacer esa guarrada con un antiguo amigo. Porque éramos amigos, Genaro. Yo vivía en su casa desde 1935 y se le ocurre llevarme al Juzgado. «Lo siento, pero necesito tu piso para mi chica, la mayor, que se casa». Poner los muebles en la calle a un inquilino como yo. ¿Dónde encuentra

ahora piso un pobre empleado en Obras Públicas? Genaro, egoísta. ¿No podías haber regalado un chalet a la chica? ¿De qué te sirve entonces el dinero? Y se abriría una grieta en la pared. Una grieta rameada con afluentes, como los ríos en los mapas. Y la bola de la cornisa, la de la esquina, bum, al suelo, haciéndose añicos en la acera. Y el muro se abombaría como los botes de conserva cuando fermentan. Y Genaro con el puro en la boca, en el balcón. Y el balcón se torcía de pronto y la hija, la mayor, de Genaro, se ponía a gritar. Y Genaro: «Calma, calma. No ocurre nada. Algún fallo en las vigas». Conque no ocurre nada, ¿eh? Los cimientos empezaban a ceder y el edificio a inclinarse, como la torre de Pisa esa que dicen, y que no ocurre nada. Y entonces, de repente, pumba, todo el inmueble abajo entre nubes de polvo y cascotes, y Genaro, con sus millones y su puro debajo de un bloque de cemento. ¡Toma desahucio!

Pero el desastre no se produce. Tengo fe. Dije: «Que se caiga». Y esperé unos segundos antes de abrir los ojos, y pensaba: «Cuando vuelva a mirar, la casa estará ya en el suelo, en ruinas». Y, sin embargo, los abrí, y la casa continuaba en su sitio y Genaro en el balcón, charlando con su hija, la mayor, como si nada. No hay derecho. Porque el Párroco predicó claramente: «La fe mueve montañas». Y la casa de Genaro, donde viví veinticuatro años, es grande, desde luego, tres pisos y azotea, pero mucho más pequeña que

una montaña. No acabo de comprender lo sucedido. Tendré que visitar al cura: «Dice usted que no hay fe en el mundo, ¿verdad? Pues, ya ve usted, yo tengo fe y no consigo nada. No me convence, Padre».

DOS MADRES PARA ISAURO

Hasta que no le llamaron al servicio, no se enteró el Isauro de que la Gregoria, que en gloria estuviera, no era su madre, sólo que por entonces ya era tarde para hacer averiguaciones, puesto que hacía más de un año que ella había abandonado su puesto de verduras, la primera vez que lo dejaba, para marcharse al otro mundo. Resultó que la otra madre, la de la partida de nacimiento, se llamaba Justina. Y esto era lo que al Isauro le traía loco. Porque como él era así de fantástico, y estaba empleado de conserje en el Monte de Piedad, empezó a figurársela vestida de negro y con un velo en la cabeza, como las mujeres que iban allí a empeñar cosas, y poco a poco se encariñó con ella, como le pasaba con las otras; únicamente que como la Justina era, además, su madre, se le encogía el corazón. Por algo, cuando vivía la Gregoria, que lo conocía, solía ella decir:

—Mi Isauro es como un pan. Y en cuanto yo cierre el ojo, se lo comen.

Y se lo comieron. Porque el puesto de verduras se le voló en un par de meses, y si se empleó en el Monte fue por don Martiniano, el cura, que

le tenía ley a la otra desde que supo lo que hizo por el Isauro, cuando chico. En aquella época la Gregoria vivía en las afueras de Valladolid, donde la Azucarera, junto a una valla, negra a causa del humo de los trenes de Ariza, que pasaban muy cerca de la casa. Era un barrio de pocos vecinos, pero como si fueran muchos, puesto que ninguno se trataba con la Gregoria, de que tenía el genio vivo y chillaba por nada, debido a su costumbre de hablar a gritos en la Plaza. Pero una noche ardió la Azucarera, y la Gregoria se echó a la calle, en camisa según estaba, y se pasó seis horas arrimando el hombro junto a los bomberos, venga a sacar papeles de la oficina y a amontonar sacos de azúcar, aunque, en cuanto el fuego quedó apagado, se metió otra vez en su casa y atrancó la puerta, y ella dentro y los vecinos fuera, como siempre. El incendio destruyó la fábrica, y cuando se llevaron los sacos y los papeles, todo lo que quedó del edificio fue un lienzo de pared con algunas ventanas renegrecidas y muchos cascotes. Y la Gregoria, cada vez que pasaba junto a las ruinas, se santiguaba.

Fue una semana después del fuego cuando se encontró con el Isauro, una tarde, volviendo del Mercado. Estaba sentado en una de las ventanas de la pared de la fábrica, con las piernas colgando y un gato en las rodillas; y aquel día la Gregoria, no dijo nada, pero el día siguiente sí, cuando vio que el niño seguía en el mismo sitio, que le mandó bajar. El Isauro tendría entonces

seis o siete años y la mirada suplicante, como mucho tiempo después, cuando ya era conserje en el Monte, y se descolgó de un salto con su gato, y la Gregoria le preguntó cómo se llamaba, y él dijo su nombre y sus apellidos, pero nada más, porque el chico no sabía explicarse acerca de su madre, ni andaba muy seguro de si había tenido madre alguna vez. Pero como estaba tan flaco y además llevaba un jersey en tercera vida con muchos rotos, la Gregoria le entró en su casa, y le puso leche y un bollo, y el gato lengüeteó en la taza, y la Gregoria se lo consintió por no amargar al niño la merienda, aunque, después, como el bicho tenía calvas y un ojo blanco, en lugar de fregar el tazón, lo echó al cubo de la basura.

Por entonces ella, la Gregoria, no pensaba quedarse con el crío. Su idea era preguntar en el barrio por él y, en último caso, llevárselo a los Guardias al Ayuntamiento y que ellos hicieran lo que fuese; pero como el Isauro durmió en la cama de la Gregoria aquella noche y también las siguientes, casi se alegró ella de que los vecinos no supieran nada al respecto. Y, aunque no dio cuenta a la Policía, sí leyó los periódicos durante un mes, por si traían algo de la criatura, y cuando vió que no y que había hecho lo que estaba de su mano, se sintió más tranquila y se apropió definitivamente del niño. Claro que ella hubiera deseado mejor un hijo suyo, pero como entre ir y venir al Mercado se le pasó la edad del matri-

monio, había terminado por quedarse soltera, y eso que lo del puesto no era mal asunto, según decían.

Unos meses después, el chico era ya su Isauro, y ella se sentía tan feliz de que lo fuese. Únicamente que un día se enteró de que los vecinos, que no la querían bien, estaban tratando de incordiarla, denunciándola a la Policía por lo del niño; pero como ella tenía su forma peculiar de hacer las cosas, cogió a su Isauro aquella misma noche, cerró la casa, y desapareció. Pasaron la noche en el puesto de verduras, en el Campillo, y al día siguiente y a los otros también, porque el guarda del Mercado, que era un buen hombre, se daba cuenta de las cosas, como él decía; sin embargo, cuando la Gregoria anunció que ya tenía piso, se sintió más tranquilo, ya que no estaba muy seguro de no perder el cargo si alguien llegaba a enterarse de lo que ocurría.

La nueva vivienda estaba en un sótano y no se oía pasar a los trenes, pero se inundaba los días de lluvia, y además era oscura y muy triste. A pesar de todo, la Gregoria se resignaba, por causa del Isauro, que ahora era su Isauro, y si cuando fue a devolver la llave de la otra casa lloró un poco por sus cuarenta años y pico de recuerdos, se consoló en seguida con el hijo que se había encontrado. Y él empezó a crecer y ella a darse cuenta de que era un pan y de que en cuanto cerrara el ojo se lo comerían.

Un día murió la Gregoria, y el Isauro entró

de conserje en el Monte por don Martiniano, y al año siguiente le tocó la quinta, y fue cuando se enteró de que su madre se llamaba Justina, y desde entonces andaba preocupado y muy triste, porque bien que perdiera una madre, pero dos parecía ya demasiado. Y como él era así de fantástico, empezó a pensar en la otra, y se inventó para ella una historia y también un rostro, y la vistió de luto y la puso un velo en la cabeza, y cuando iba al cine se ponía a llorar por nada, y cuando veía a las mujeres en el Monte se le encogía el corazón. Y fueron pasando años y tuvo cuarenta y el pelo gris, y cuando entraba al trabajo y se ponía la gorra y el uniforme con botones dorados, seguía pensando en Justina; porque con el tiempo había llegado a imaginarse cómo era y le costaba mucho esfuerzo hacerse a la idea de que no fuese como él la imaginaba. Y pasaron más años, y tuvo cincuenta y el bigote blanco, y seguía pensando en Justina. Y cumplió los sesenta y continuaba acordándose de ella. Y cuando le jubilaron, señalándole una pensión, dijo: «Si algún día la encuentro, ahora sí que viviremos tranquilos los dos», porque no dejaba de pensar en su madre. También en la Gregoria, pero principalmente en la otra.

EL ULTIMO RINCON DEL MUNDO

El médico volvió a examinar al herido, sólo por si las cosas pudieran haber cambiado, y comprobó que seguía igual y pidió alcohol y una toalla, y se enjugó las manos, pero muy despacio, con gesto contrariado, porque era su primera noche de guardia y no había entrado en sus cálculos que fuera a ocurrir una cosa así. Luego se acodó sobre el borde de hierro de la cama y miró en torno suyo, porque la monja acababa de instalar un biombo alrededor del lecho y el médico se había quedado con la inquietud de que les encerraban juntos, a él y a su enfermo, para que nunca se supiese lo que iba a pasar entre los dos. El médico ya estaba en que el herido se moría. Cuestión de horas. Pero con eso de meterse detrás de un biombo con él, tenía la impresión de que se le moría a él y a nadie más, y era como si el otro estuviese regalándole su agonía, como si quisiera hacerle el obsequio de su muerte.

La monja dijo: «Hasta luego», y se alejó por la sala, y él la vio andar sin ruido, y tocar distraídamente a su paso las barandillas de las camas, y ladear la cabeza en la puerta para dar salida a la toca, y desaparecer con mucha sua-

vidad como si nada. Porque la monja tenía que completar su ronda, y lo del herido era asunto suyo, de su viejo y de él. Por eso les dejaban a los dos completamente solos, mano a mano, como si estuvieran en el último rincón del mundo. Y el médico pensó: «Mi primer muerto», y luego, sin querer: «de mi propiedad». Y como esta idea le dejó turbado, deseó tener a alguien consigo, porque don Trini, el de Patología, decía que un muerto pesaba menos si se lleva entre dos personas. Contar con alguien. No para comentar el caso, que no hacía falta, sino para compartir la extraña preocupación que había empezado a dominarle. Comprendía que si no ocurría algo que viniera a romper la continuidad del momento, podía suceder que se pusiere a dar gritos allí mismo. Claro que estaba en su mano llamar a un enfermero: «Quiero tenerle aquí, ¿comprende? Sólo para que fume usted un cigarrillo conmigo». Pero desaprobó la idea, porque él sabía que los Hospitales tienen su maquinaria y su rutina, y no se puede molestar a un hombre para decirle simplemente que fume.

El médico abrió la ventana. Hacía frío y el tejado de Primera de Medicina se recortaba hoscamente en la sombra, por encima de las acacias del jardín. Y él miró al cielo y se puso a pensar que en aquella estrella, a cien millones de años de luz, quizá hubiera otro médico, recién salido de la Facultad igual que él, que estuviese también ocupado en ver morir a su hombre sin poder evi-

tarlo. Y notó que algo parecido a un sentimiento de fraternidad le vinculaba de repente con el lejano compañero. Luego consultó su reloj. Eran las 3 y 20. Alguien, en otra cama, se puso a toser y a rezongar algo acerca de la ventana, pero el médico no quiso cerrarla porque se sentía como liberado al poder respirar fuera de la atmósfera espesa de la sala. Y se le ocurrió de pronto que no había ninguna razón para que él se encontrase allí a las 3 y 20 de la mañana y no a bordo de un avión o en mitad del desierto, por ejemplo. A ver si había algo en el mundo que fuese completamente absurdo o totalmente razonable. Cernuda, el de los ojos, contaba por lo que él era médico, y no abogado. Decía que, al terminar la guerra, fue a parar a Benasque, en el Pirineo, y desde allí escribió a un amigo para que le matriculase en la Facultad de Derecho, porque iban a licenciarles; pero su amigo tenía novia y le estaba esperando, y la cola de Medicina era más corta, y pensó que a Cernuda le daría lo mismo que se pasase a otra ventanilla, y se pasó. También podía haber ocurrido que el herido hubiese ingresado al otro día o al siguiente, y entonces sería Ayestarán, o acaso Alonso, quienes estarían en su lugar, y él habría terminado sin novedad su primera guardia, y se habría afeitado y habría tomado su café y luego habría telefoneado a Mila. Y nunca hubiera sabido nada de su viejo ni le hubiese tenido delante, con sus estertores y su barba de tres días. Y, sin embargo, allí es-

taba, y el viejo era su enfermo, y le pertenecía. Una cadena de pequeñas circunstancias les había llevado a los dos a reunirse en el último rincón del mundo, que no estaba en Alaska ni en la Tierra del Fuego, sino detrás de un biombo, en la sala de Cirujía de un Hospital. Sólo para que él pudiese escuchar un jadeo y el crujido de los muelles del jergón. Las cosas.

El médico empezó a sentir con mucha vehemencia la necesidad de un compañero, porque resultaba que tenía miedo, aunque sin saber a ciencia cierta de qué. No de la muerte, no era tan fácil, sino de que fuese su muerte, de que el destino se lo hubiese enviado precisamente a él: «A despachar en su primera guardia», y esta idea le trastornaba. Absurda y todo, le producía vértigos.

El enfermero se acercó, arrastrando los pies, y dijo «buenas noches», y explicó que al de la cama 22 le tocaba el mostelle, y el médico replicó que estaba bien y respiró aliviado. El enfermero era un tipo graso y menudo, con cara de sueño, y como le temblaba algo el pulso, el vaso tintineaba en el plato. Preguntó el médico:

—¿Qué ha sido lo del 22?

El enfermero contestó:

—Una intervención de apéndice. Sin nada de particular. Anteayer.

—¿Cómo marcha?

—Pues bien. ¿Quiere examinarle?

—Luego.

Y, cuando el enfermero pasó otra vez con el vaso vacío el médico añadió, por decir algo:

—Tráigame el historial del 8.

El 8 era su enfermo y había pedido su historial clínico simplemente para que el enfermero volviera a subir a la sala. Cuando tuvo el papel en la mano, se acercó al piloto y leyó a saltos, sin interés, como para salir del paso, porque ya conocía su contenido: «...56 años... Herida en abdomen. . Probable arma blanca... Intervenido de urgencia a las 9,45... Shok... Peritonitis... Pronóstico gravísimo...».

Intervino el enfermero:

—Una bronca entre borrachos, por lo que han dicho. ¿Qué tal va?

—Lo mismo. Muy mal.

Y el enfermero movió la cabeza y dijo «Vaya», y se alejó arrastrando los pies, y el médico se acordó de Mila para no dejarse acobardar de nuevo.

A las 5 el herido abrió una vez los ojos, y volvió a cerrarlos y el médico se acercó a él y dijo: «¿Cómo vamos?», y el viejo sonrió un segundo, pero nada más que un segundo. Y el médico trató de figurarse lo que había ocurrido. Que Domingo tenía su carácter y había que dejarle con sus cosas, y cuando se pusieron a discutir, el viejo no quería ofenderle, y así se lo dijo, pero como Domingo tenía su carácter, empezó a soliviantarse y a gritar y el otro a calmarle, porque, al fin y al cabo, eran compañeros de trabajo y el mundo

para los dos era igualmente gris, como las paredes del taller de ajuste, en la Estación. Pero como habían tomado cuatro copas y Domingo tenía su carácter y estaba amoscado por lo que le dijo el viejo, replicó que no era para tanto, y que cuando dijo que la Paca cosía para Intendencia y no le correspondían los puntos, no lo hizo por nada, sino porque le gustaba charlar de las cosas, pero no era para ponerse así ni que el otro sacara la navaja y se fuese a por él.

Podía haber sido así, pero también de otro modo. Por ejemplo, que el viejo estaba solo, en la tasca, borracho, y un flamenquillo le tiró del pelo por hacer una gracia, y el viejo, como estaba borracho porque era sábado y le daba la gana, se lo afeó, y el otro dijo que le dejara tranquilo, y al viejo se le metió la idea en la cabeza y se puso pesado y quiso pegarle, y el otro le pinchó, «pero nada más que una pinchadita», porque estaba ya muy cargante y hasta había querido pegarle.

Podía haber ocurrido así o no haber ocurrido nunca, ya que no había nada que fuese completamente absurdo ni razonable. Y el médico lo sabía y volvió a la ventana y comprobó que la estrella de su compañero empezaba a disolverse en la luz del amanecer, y que hacía frío. E introdujo las manos en los bolsillos de su bata y respiró profundamente, y cuando vio aparecer a la Sor, que volvía de su ronda, sonrió. Ella dijo:

—Váyase a echar un rato.

Él vaciló durante un segundo.

—Si hubiera algo, le avisaré.

Y cuando el médico dijo: «Gracias», y echó a andar hacia la escalera, la monja le siguió con la mirada, con un poco de pena, porque llevaba 32 años en la Orden y lo había comprendido todo.

JUAN SIN HISTORIA

—Tapadme la cara — dijo, porque le daba el sol en los ojos, y uno de los soldados le cubrió el rostro con un pañuelo. Habían tendido al herido en un claro del monte, y le rodeaban mirándose nerviosamente unos a otros. Ellos pensaban que debía estar muriéndose, pero no se atrevían a decirlo, aunque se habían puesto a hablar en voz baja como si ya estuvieran velando su cadáver. El Sargento Romero apremiaba a los sanitarios, que habían empezado a montar la camilla.

—Vivo, vivo — decía.

El Capitán corría ya hacia el grupo, y el Cabo Sebastián apartó a los soldados al verle:

—Quitarse de en medio, venga —. Tenía cogido el brazo de «la Cabra» por la muñeca y se esforzaba en localizar el pulso, que se escurría entre sus dedos torpes de labrador.

—Está medio listo, mi Capitán — dijo —. Le reventó en la misma boca del estómago. Ni sé cómo no le voló también la cabeza. Da miedo, mire usted. — Y abrió la guerrera del otro para que el Oficial pudiese ver la herida —. Parece como si se le fuera a salir el mondongo.

El Capitán se puso rígido antes de mirar, no fuese a dejarse delatar por la impresión, porque sentía los ojos de los soldados fijos en él. Y pensó: «No hay nada que hacer». Y al mismo tiempo, absurdamente: «Creí que eran azules. En la fisiología de quinto había una lámina con unos intestinos azules». Se sorprendió a sí mismo del tono crispado de su voz cuando dijo:

—A ver, un enlace. Vamos.

Un soldado se destacó del grupo, cuadrándose torpemente. Olía el cuero nuevo de su correaje. Ahora más que nunca, porque estaba triste, hubiera él querido que le hablasen de majuelos y de obradas de tierra, pero oía: «Ambulancia. ...puesto de Mando... evacuación urgente...» y, como no comprendía nada, ni tampoco porque se encontraba él allí en aquellos instantes, sintió unos enormes deseos de llorar; echó a correr, sin embargo, sujetando la vaina del machete para que no le fustigase el muslo.

El Capitán recorrió con la mirada los rostros terrosos de los soldados y sintió piedad de ellos, porque sabía que tenían miedo y que este miedo estaba por encima de su voluntad. Él también había pasado por aquella experiencia durante la guerra. Sólo que en la guerra uno se acostumbraba pronto a estas cosas y no se dejaba impresionar tan fácilmente, porque entonces se contaba por bajas, sin hacer distingos entre muertos y heridos.

«La Cabra» emitió un ronquido y el Cabo se

asustó y dijo: «Mire», y se le quedó observando fijamente a las botas porque había visto morir a su padre poco antes de venir al servicio, y entonces el Oficial aplicó el oído al pecho del herido y percibió su corazón, aunque muy distante, como si latiera en otro lugar, debajo del suelo, por ejemplo, y dijo: «No», y dejó resbalar la mirada por el paisaje, porque hubiera sido un contrasentido que el muchacho se muriese allí mismo, sobre la loma, en medio del olor a parva que brotaba de los barbechos. Inesperadamente empezaron a rondar su cerebro las frases del parte que había de entregar al regreso. «A usía da parte el Capitán que suscribe, de que en el día de la fecha, durante los ejercicios de fuego real...» Vio que había unas viñas y también una casa y un poco más lejos unos pinos, y se dijo que, en efecto, hubiera sido un verdadero contrasentido. «...correspondientes a las maniobras que se han venido desarrollando en este sector...» Como cuando le hirieron a él en el frente. Entonces hacía sol también, y él dijo: «Ya me zumbaron», y cayó de bruces sobre unos trigos y una espiga se le metió en la boca. «...reventó uno de los morteros de acompañamiento de la compañía de fusiles...». ¿pondría «a mi mando» o «bajo mi mando»? «...de la compañía de fusiles a mi mando, alcanzando la explosión al soldado...». De pronto se dio cuenta de que todavía no sabía quién era el herido. Preguntó al Sargento:

—Oiga, Romero, ¿quién es el herido?

El Sargento dijo que se llamaba Juan, pero que los soldados le decían «la Cabra», y el Capitán pensó que aquello no le aclaraba nada y que siempre que pasaba lista sacaba la impresión de que todos los soldados se llamaban lo mismo, como si hubieran sido bautizados sólo para salir del paso. Por eso se inclinó otra vez sobre el muchacho y apartó el pañuelo que cubría su rostro, y vio que éste le resultaba vagamente familiar, pero que lo mismo le ocurría otras veces, porque también los rostros de los soldados parecían todos iguales, especialmente cuando formaban delante de él y decían «presente» y daban un taconazo al oír pronunciar su nombre. Por esta causa, pidió al Sargento:

—Háblame de él.

El Sargento resumió:

—Un tipo sin historia. De esos que uno no se da cuenta de que existen hasta que pasa una cosa así. Sólo que siempre andaba riéndose. Pero por nada, para él solo. ¿Comprende?

El Capitán dijo: «Ah», y miró compasivamente al soldado y vio que había abierto los ojos y exclamó: «Ánimo, muchacho», aunque un poco al azar, porque no estaba muy seguro de que el otro pudiera oírle. Luego pidió una cantimplora y se puso a rociar con agua el rostro del herido...

... ...

...que, como balaba al hablar, los soldados le llamaban «la Cabra», únicamente que a él le traía esto sin cuidado, porque sabía que el día que se

licenciase volvería a ser Juan, como lo había sido hasta entonces. No es que se sintiera orgulloso ni nada de su nombre, pero se encontraba habituado a él y se notaba incómodo oyéndose llamar de otro modo. Sin embargo, se resignaba. Porque cuando le llamaron al servicio, Ramonín, el antiguo Alcalde, fue y le dijo: «Tu pon a todo buena cara. Y a verlas venir», y él había tratado de seguir el consejo a su manera, llevando la corriente a todo el mundo, con una sonrisa predispuesta colgada siempre de los labios. Sólo que el Sargento Romero, que era pelirrojo y debido a esto nunca estaba muy seguro de que no se burlaban de él, le paró una vez y le dijo:

—Mientras yo esté delante, como en un funeral. De ahí para arriba. Porque a la primera risita se le cae a usted el pelo.

Y Juan asintió débilmente y baló una disculpa, sin acabar de comprender lo que ocurría, porque él no había tratado de molestar a nadie. Y se quedó bastante preocupado por esta causa. Como si ya no tuviera suficiente con su problema, como él decía. Porque resultaba que al principio de llegar al campamento, con eso de andar cepillando caballos con la bruza y llevar los mulos al abrevedero, le parecía no haber roto del todo con su vida anterior, la que abandonó al tocarle la quinta, cuando llevaba una aparcería al cuarto con el antiguo Alcalde. Y como apenas había notado el cambio, y el olor de las cuadras le traía continuamente a la memoria el recuerdo del pue-

blo, y esto le compensaba de lo del mote, andaba satisfecho y la nostalgia le incomodaba poco. Pero cuando les sacaron del campamento de instrucción y les llevaron al Cuartel en camiones y se dedicó a recorrer la ciudad a la hora de paseo y vio las calles y la gente, sus recuerdos empezaron a debilitarse y, al cabo de unos meses, el pensamiento de volver a la aparcería se le hacía muy cuesta arriba. Porque hasta entonces él no había conocido otra cosa, y le parecía que fuera de salir con la yunta de madrugada y echar una besana, y alumbrar las cepas, y roturar, y binar y escardar, y almorzar con tocino, y emborracharse, jugando al mus, los domingos, y seguir emborrachándose luego, en el baile, y platicar de fanegas y parejas de mulas y cargas, no había nada más en el mundo; pero ahora comprendía que sí, y un día se dio cuenta de que había decidido no volver al pueblo, aunque a Ramonín, el antiguo Alcalde, se le ocurriese prescindir de él como aparcero. Y cuando un soldado le dijo: «Pues quédate de sereno», encontró que no estaba mal la idea y empezó a meditar en ello seriamente. Sólo que no sabía cómo resolver el problema. Porque en el pueblo era íntimo de Ramonín, el antiguo Alcalde, pero allí, en la ciudad, no sabía de nadie que pudiera echarle una mano en el Ayuntamiento. Y esto le traía pensativo y absorto...

... ...

«La Cabra» baló débilmente cuando la ambulancia se bamboleaba en un bache y crujieron los cinchos de la artola, y el sanitario que iba junto al herido se sobresaltó, pensando si no iría a morirse allí mismo. Luego golpeó nerviosamente con el puño el tabique metálico de la cabina y levantó la voz entre el fragor del escape, de modo que el conductor pudiera oírle.

—¿No puedes ir con más cuidado? — dijo, malhumorándose.

El conductor chilló a su vez desde el volante:

—¿Ocurre algo?

Y el otro replicó:

—No, sino que si coges otro bache, las lía.

La ambulancia aminoró la marcha, y el chófer rezongó algo acerca de la pista, y el sanitario se inclinó sobre el herido, y Juan, que había entreabierto los ojos, notó su presencia y sonrió, aunque, en realidad, no le sonreía a él, sino a Vázquez...

... ...

...que tenía una casa con huerta en la calle de «el Espíritu Santo», junto al puente, cerca de la carretera y dos encargados para que la cuidasen, puesto que Vázquez sólo iba al pueblo durante el verano; eso era lo que ocurría actualmente, aunque no siempre había sido así, sino que antiguamente, hasta que se le murió la madre y se largó, Vázquez también pasaba allí los inviernos. Pero, eso sí, en el tiempo que permaneció en el pueblo, cuando niño, los dos habían sido amigos;

claro que de esto hacía por lo menos doce años, pero lo había sido. Ahora, Juan ya sabía que Vázquez estaba en la ciudad, de un día que lo encontró en la calle, y aunque el otro llevaba prisa y estuvo todo el tiempo distraído, pudo hablar un rato con él y enterarse de que andaba estudiando en la Universidad. Y como llevaba un jersey con rayas azules y una cadenita en la muñeca y se alisaba el pelo a cada momento con un peine que sacaba del bolsillo, Juan se sintió muy impresionado y le hizo mucha mella el encuentro; sobre todo cuando preguntó a Vázquez si conocía a alguien en el Ayuntamiento y el otro replicó, pero sin darle demasiada importancia al asunto, que naturalmente que sí. Era evidente que Vázquez había prosperado lo suyo desde que salían a matar pájaros donde el Vivero. Por eso, cuando Juan le pidió que hablará por él en el Ayuntamiento para cuando se licenciase, porque quería quedarse de sereno, el otro replicó con mucho aplomo:

—Claro, claro.

Y aunque se le notaba como ausente, Juan no dejó de sentirse satisfecho, porque acababa de resolver su problema y ya se veía con la gorra de plato y el chuzo y haciendo sonar las llaves como una campana...

... ...

La monja dijo:

—Rece.

Y el cirujano:

—Anestesia.

Y Juan abrió los ojos y se fijó en la lámpara del techo y vio que tenía un reborde dorado, y aspiró profundamente y se acordó de Ramonín y de lo que diría al enterarse, y notó que se disolvía, sólo que muy despacio, como si estuviera flotando en el vacío.

La monja dijo:

—Padre nuestro...

Y el cirujano:

—Avise una camilla.

Y se puso a quitarse los guantes, húmedos de sangre, y los tiró enrollados, según estaban, dentro del cubo, entre unos algodones.

La camilla recorrió el pasillo, y como la manta cubría todo cuerpo del que iba en ella, incluso la cabeza, un soldado que pasaba en pijama, cojeando, con unos bastones, preguntó al aparatista, que acababa de salir del quirófano:

—¿Quién era, tú?

Y el otro dijo:

—No sé. Uno que se llamaba Juan.

Y se dirigió al cuerpo de guardia y, mientras lo hacía, se puso a comer un bocadillo porque todavía no se había desayunado.

CARTA A NADIE

Porque nadie puede leerla. Ni tú siquiera, que tienes — que no tienes — el papel en la mano. ¿Lo sabes? No, y es tontería que trate de explicarte que no existes. Ni que yo no tenga miedo a la muerte, ni a la tuya ni a la mía. Porque tú no existes, trata de comprenderme. No existe nada más que mi sueño. Yo soy el único que vive, que realmente tiene existencia: el centro. Soñando a diario, incluso dormido, he ido creando poco a poco todo eso que ves, que no ves, que no puedes ver porque no existes. De modo que es inútil que intente razonarte por qué no va a leer nadie esta carta. Pero la escribo, empero. Para constatar que hoy la he besado. Muy por menudo. Sus labios, y sus mejillas, y su pelo. He recorrido beso a beso toda su cara que no existe. ¿Comprendes mi tragedia? Sé que la quiero y que mañana la besaré también y que digo su nombre, que pronuncio Marta y, sin embargo, no existe. Ni ella ni nadie. Nada más que yo que os voy creando para escapar al miedo de la soledad. Un miedo inmenso para una soledad inmensa. Todo lo que está fuera de mí, las calles y la gente y los trajes y Marta, son criaturas mías,

que yo me invento para no estar solo, pero no se me olvida que yo mismo las creo, que fuera de mí no existe nada, absolutamente nada, sobre la tierra. Ni siquiera la tierra. Ni tampoco Italia o los rusos. Nada. Si voy a Roma, entonces Roma se pone a existir de repente, en cuanto yo aparezca en la Vía Apia. Pero, entretanto, haced lo que queráis con los mapas; dibujad una bota, si os conviene, y Sicilia y el Etna. Haced todo lo que queráis, os digo, incluso pintarla de amarillo o de rosa, porque no lograréis que Italia llegue a ser como yo la imagino, mientras yo no esté allí. Ni Marta tampoco. La he pensado rubia porque sí, pero también pudo ser morena si yo hubiera querido. Y la he enseñado a decir: «¿Sabes que te quiero?», porque sí también, porque me gusta. Y cuando la besé esta tarde y la bese mañana, he de ir poniendo apresuradamente labios y mejillas a mi sueño, porque si cierro los ojos temo no encontrarla después. Hemos paseado por mis jardines y luego un poco por mis campos, cerca de una fila de chopos, y después hemos vuelto a la ciudad en un autobús y hemos caminado del brazo por la calle y, por último, he tenido que fabricar para ella una empalagosa película en un cine. Pero eso no me cansa, porque tengo mucha imaginación. Decidme si no he puesto imaginación en las rosas o en la historia de Inglaterra o en los aviones, por ejemplo. En todo lo que he inventado. Incluso las galaxias. Y Marta es bonita. Sí que es bonita. Porque tengo, me

sobra, imaginación. Y nuestro matrimonio lo será también. Únicamente que no sé cómo hacer para más adelante. Porque puedo envejecer a su lado, si me conviene, y tener hijos y enviarlos al Colegio. Pero después no sé qué hacer, de veras. No acierto a comprender cómo resolveré el problema. Yo puedo soñar su muerte para más adelante, muy adelante, pero no la mía, hazte cargo. Yo no puedo morir. Y me entristece haber puesto médicos, y también funerarias y esquelas para todos, y no saber, al final, lo que pueda hacer conmigo mismo. Pero Marta es bonita. No creo haber hecho hasta ahora nada tan bonito. Y, la verdad, no tengo idea de lo que pueda hacer después, para muy adelante, dentro de treinta o cincuenta años. Porque ya no voy a saber vivir sin ella. Pasarme sin ella eternamente. Porque no acierto a comprender cómo voy a arreglármelas para seguir viviendo, después de haber recorrido beso por beso una cara que no existe, que no ha existido nunca más que en mi pensamiento, pero que es tan absolutamente bonita.

POETA ATRIBULADO

Podía haberle ocurrido cualquier otra desgracia y vino a sucederle lo peor. Porque él no se quejaba de haber perdido una mano como Cervantes, que eso le pasaba a cualquiera, sino de que el Ayuntamiento, por premiar su conducta, le hubiera procurado aquel empleo de celador en un urinario público. Y precisamente en el que hay a la entrada del Parque Municipal, junto al primer sendero, donde empiezan los macizos de celindos y hay un banco pintado de verde que siempre está vacío, porque no parece propio besar a una muchacha delante de «Evacuatorios» y «Caballeros». Obdulio sí iba a sentarse allí con frecuencia, antes del accidente. Sobre todo cuando tenía que pensar una poesía. El parque le inspiraba, como él decía. Arrancaba una hoja de una bola recortada de evónimo y se ponía a mordisquear el peciolo, y extraía su bloc, y estaba aislado, y escribía. En cambio ahora, por culpa de su horario de inválido que le ocupaba el día entero, el Parque como si no existiera. Porque ahora tenía un empleo sin horas libres. Y con la obligación de permanecer indefinidamente en su

silla plegable, ante cinco puertas grises, un mazo de tikets, y un paisaje de porcelanas blancas y cromados. El mundo quedaba fuera. Y los celindos. Y los pájaros. El único rumor permitido era aquel irritado zumbar de cascada que se producía cuando él abría periódicamente el grifo del agua. Por eso Obdulio melancoliqueaba continuamente, preguntándose si no habría sido mejor que el Alcalde no se hubiese ocupado de su porvenir. O que, ya que lo hizo, le hubiera elegido otra colocación, una para poetas; por ejemplo, conserje de un grupo escolar, o guarda de jardines, o capataz de la limpieza, incluso capataz de limpieza. Él, Obdulio, ya se lo dijo. Él ya le dijo al Alcalde que era un poeta. Picó a la puerta, entró en el despacho y se lo dijo. Pero habían transcurrido dos meses y al Alcalde se le había enfriado el entusiasmo de cuando el homenaje y repuso con cierta aspereza:

—¿Y a mí qué me cuenta?

Desagradecido. Porque el Alcalde no ignoraba que Obdulio era el autor de la poesía que el Parque de Bomberos le envió en las últimas Pascuas para felicitarle. Iba impresa en un tarjetón, con el nombre de Obdulio Prados al pie:

«Ya se acercan los bomberos
de noche por la Ciudad,
impávidos hacia el fuego
con fe y con serenidad.
Y cuando la campana repica

la gente la oye pasar
y un pensamiento dedica
a quienes hacia el peligro van...»

Y ya que las cosas vinieron así, que por lo menos no lo hubieran publicado los periódicos. Pero parecía como si los periodistas se hubieran puesto de acuerdo para prodigar la noticia. Hasta en el «A.B.C.» la dieron. La noticia del homenaje, con el discurso del Alcalde y lo de que la Corporación no dejaría desamparado a su héroe. El «Combativo» incluso sacó su fotografía en primera plana con un pie que decía: «Del homenaje al heroico bombero». El reportero entró en el despacho del Alcalde con su flash en posición y ordenó: «Abrácense». Y la Primera Autoridad Municipal abrió sus brazos y Obdulio se dejó estrechar en ellos, y el Alcalde volvió su rostro hacia la máquina con una sonrisa, y el reportero dijo: «Usted también», y el bombero apoyó su única mano en la solapa del otro, con mucha timidez, y el del flash insistió todavía: «Levante el otro brazo. Que se vea el muñón. Lo más importante es el muñón», y Obdulio alzó su brazo dócilmente y el reportero disparó, y el Alcalde, y la mano manca de Obdulio, y cuatro caras sonrientes que había por allí, pasaron juntos a la eternidad en la primera página del diario local. Luego, el Alcalde se entonó: «Nos hemos reunido aquí esta mañana, etc. Hombres así, etc. Una honrosa mutilación en acto de servicio, etc. Pero

esta Corporación no dejará desamparado a su héroe, etc.». Y después le abrazó de nuevo.

Cuando ocurrió el accidente, Obdulio estaba muy lejos de imaginar que fuera a convertirse en el hombre del día. Porque todo había sucedido mecánicamente, como tantas veces: sirena de alarma, tubo de deslizamiento, coche de primera salida; todo parecía lo mismo que otras veces, y no había motivos para suponer que pudiera ser de otro modo. Mecánicamente, como siempre, saltó del coche al suelo, y el fuego era en una casa de tres pisos, y Obdulio formaba parte del equipo de ataque, y el Cabo dijo: «Sube», y él puso sus manos, que entonces eran dos, en las barras de la escalera y trepó, y la correa interior del casco empezó a tirarle del pelo. Mecánicamente, igual que siempre, entró por un balcón al piso, y había mucho humo y un sofá, y luego un pasillo y un dormitorio y una mujer tendida de través delante de la puerta. Y Obdulio la recogió mecánicamente del suelo y la condujo al exterior, y estaba desmayada, y la cargó sobre uno de sus hombros y bajó la escalera y pensaba: «Tengo que pelarme a cepillo», porque la correa seguía cogiéndole del pelo. El Cabo dijo: «Hay que despejar la calle», puesto que el edificio amenazaba derrumbarse, y Obdulio fue a los guardias y repitió: «Convendría despejar la calle», y la gente empezó a recular y el Cabo a rociar con agua de la manga el rostro de la mujer, y preguntó: «¿No queda nadie más en la casa?». La mujer despertó

de pronto, porque estas cosas suceden, y chilló: «Mi hijo», y el Cabo dijo: «Hay un niño allí arriba», y Obdulio puso mecánicamente el pie en el último peldaño de la escalera, y volvió a remontarla y a penetrar en la vivienda. Cuando reapareció con el niño en las manos, que entonces eran dos, subió un ooooh de la calle y el Cabo comenzó a gritar: «Venga, deprisa», porque el edificio amenazaba ruina, y Obdulio pasó su pierna derecha sobre la barandilla del balcón, y en aquel momento una parte de la fachada se vino abajo, y Obdulio quedó colgado con una mano de la barandilla, sosteniendo a la criatura con el brazo libre, y un hierro le había atravesado la muñeca, pero él seguía pensando mecánicamente: «Si no me corto el pelo no podré volver a llevar el casco». Luego, cuando el propio Cabo ascendió por la escalera y recogió al niño y ayudó a Obdulio a desembarazarse del hierro, continuaba maquinando: «A lo mejor a la Nati no le gusta a cepillo. Tendré que consultarla».

Todo se había desarrollado maquinalmente, como cuando se ejercitaban a toque de silbato en el patio del Parque de Bomberos, y, sin embargo, resultó que Obdulio se había convertido en el hombre del día y los periodistas empezaron a marearle y hasta el Alcalde le visitó en el Hospital, y luego, cuando le dieron de alta, le organizó un homenaje en su propio despacho, y dijo que hombres así y que una mutilación honrosa y que la Corporación no le dejaría desamparado.

Pero él era un poeta y no obstante le habían nombrado celador de un urinario público, y precisamente a la entrada del Parque Municipal, aunque sin poder acercarse hasta allí a escribir poesías, porque ahora estaba sometido a un horario de inválido, no de bombero, y no le quedaba ni un minuto libre.

LA RIADA

(Tetuán, 1957)

Nunca hubo que inquietarse por el río. Se llamaba «Negro», y no era caudaloso, y Kaddur tenía la casa a la vera de la corriente, cercada de nópalos y con una pareja de bueyes para el arado. Un río habituado a sus orillas, cómodas de tan bien modeladas por cientos de años de resbalar tranquilamente. Un río sin nada de particular, en algunos meandros se abría, dilatándose, pero que durante la mayor parte de su recorrido bajaba encajonado en una cárcava. Y el agua pasaba y seguía pasando, minuto a minuto, y Kaddur regaba con ella, y Maimona hacía con ella la colada, y con ella bebían los bueyes después de la faena.

El río no tenía historia, pero Kaddur tampoco. Ni nunca la tendría. Nació cincuenta años atrás en la casa y en ella seguía viviendo, y allí moriría, diez años, o quizá veinte años después. Una casa como todas, con techo de ramas, y un patio para los animales, y una estera para sentarse a comer, y una chimenea, y varios espejos, porque

los espejos eran el único lujo de los labradores. Kaddur trabajaba la tierra, levantaba empalizadas de caña para proteger la siembra del levante, y en julio, cuando el trigo estaba maduro, soltaba a los bueyes por el sembrado a que se lo trillasen con las pezuñas; luego hacía caer la empalizada y el viento aventaba el bálago, y Kaddur recogía el grano con una pala. Así todos los años. Siempre lo mismo. Únicamente que, una vez al mes, se ponía un turbante con cosas amarillas y una chilaba nueva y se iba a pasar el día al zoco. Pero no con Maimona. Ella no. Maimona se quedaba a cuidar de la casa y los niños y los bueyes. Kaddur volvía, ya de noche, con muchos pájaros en la cabeza, con la cabeza tontona de oír a los narradores de cuentos y fumarse lo menos ocho pipas de quifi. Y con muchos deseos de amores raros. Pero al día siguiente todo volvía a normalizarse.

Treinta años antes, su familia le casó con la mora. Él no la conocía, pero tampoco hacía falta, puesto que su padre había pagado ya al de ella ocho duros en moneda española, y también dos gallinas y unas babuchas para la boda. Y un día llegó Maimona a través de las lomas, desde su poblado, que estaba a ocho kilómetros. Venía subida en una jaula sobre un mulo, y Kaddur la recibió a la puerta, y hubo fiesta en la casa, y se bebió té, y unos músicos alquilados estuvieron tocando hasta que fue de noche y les dejaron solos, a él y a Maimona. Y treinta años después,

todavía seguían solos, con la casa, y los hijos, y el río, y el arado, y la tierra, y los espejos, y los bueyes.

Todo había sido siempre así y no había razón para que pudiese cambiar. «El Negro» bajaba por la cárcava y se extendía en los meandros y regaba los campos y bañaba la ropa de la colada. Precisamente así, dócilmente, sin prisa, como venía haciendo desde cientos de años antes. El río pasaba por muchas laderas y casas y setos de nópalos y campos de trigo, y también lomas y barbechos, y algunos, pero muy pocos, eucaliptos. Él obedecía a la arcilla. Brotaba de los manantiales y la arcilla le trazaba el camino, se lo imponía. Así había ocurrido desde hacía cientos de años y así tenía que ser. El paisaje no contaba, nunca cuenta, porque los ríos no entienden de paisajes. Y que el de «el Negro» fuese hosco y desolado, no implicaba que el río hubiera de alterar su rumbo simplemente por eso.

Un día, sin embargo, el agua se puso roja de repente. Terriblemente roja. Y el caudal, que nunca se dejaba sentir de tan sumiso, comenzó a zumbar con un rumor extraño. Y por primera vez en su vida vio Kaddur que traía ramas y brozas, e incluso un tronco de árbol con sus raíces, y también que la corriente pasaba apresuradamente: y que el nivel del agua empezaba a crecer, rebasaba la cárcava y se extendía hasta las tierras. Hasta las tierras que no sabían qué hacerse con el barro, porque eran tierras secas, de terrones

macizos, que cuando se arrancaba un puñado de espigas, se sacaban enteros.

Kaddur observó todo esto y no supo entenderlo. Tenía cientos de años detrás de sí y en ninguno se hablaba de un acontecimiento semejante. Y Maimona lo vio también, y cuando los niños se pusieron a llorar tuvo miedo, un miedo antiguo, extraordinaramente antiguo. Porque el agua no debía ser roja, sino verde, y los árboles estaban bien donde estaban, clavados en la tierra y dando sombra. Pero «el Negro» siguió zumbando y el nivel alcanzó la casa, y Maimona cerró la puerta con un miedo antiguo, como si estuvieran taponando la boca de la caverna. Y el agua no se detuvo, sino que inundó la casa. Y Maimona subió a la loma, y los niños y los bueyes también. Pero no Kaddur. Él se quedó haciendo frente al río. No comprendía nada, pero se quedó a hacerle frente. Y puso piedras y barro en el umbral, y además el cofre y el catre, y palas de nópalo, e incluso los espejos. Porque quería detener el agua.

Pero «el Negro» era el más fuerte y la casa sólo de adobes, y los muros se cuartearon en seguida. Y Maimona gritó, y nada, porque Kaddur no comprendía lo que estaba sucediendo. Se cuartearon, se removieron, y Kaddur seguía dentro de la casa, sin entender lo que ocurría. Y la techumbre se vino abajo y las paredes también. Y «el Negro» cubrió la casa por completo. Y el agua era terriblemente roja.

PROFESION: POBRE

—¿Cuál es su profesión?

—Pobre.

—Sí, bien, para eso está usted aquí. La tarjeta de beneficencia no se proporciona a los ricos. Pero, ¿qué clase de pobre?

—Ninguna especial.

—Vamos a ver si nos entendemos. Hay muchas clases de pobre: un pobre albañil, un pobre zapatero, un pobre pintor. ¿Cuál es la suya?

—Pobre.

—No me haga perder el tiempo. ¿Pide usted limosna?

—Ya no.

—¿Tiene usted algún oficio?

—Tampoco. Estoy enfermo.

—Entonces, ¿de qué rayos vive?

—De nada. Como los lirios de los campos.

—Oiga, señor... alcánceme esa ficha, Andrés, la de encima... señor Ramallo. Yo soy un funcionario. Tengo mi horario de trabajo. Y al terminar, me gusta volver a mi casa y ponerme las zapatillas, ¿comprende? Estoy aquí desde las tres y media. Son las siete menos cinco. He de completar su ficha. Si a las siete no la he dejado

lista quiere decirse que habré de quedarme a terminarla por su culpa. ¿Está esto claro? La ficha es una tarjeta amarilla: ésta. Con sus casillas donde se escriben cosas: vea. No sé para qué, porque luego se archivan, pero la realidad es que se escriben. Y si se presenta un inspector y hay algún hueco sin rellenar, yo me la cargo, yo, no usted. ¿Estamos?

—Sí.

—Menos mal. La primera casilla, observe, pone: «Nombre y apellidos del beneficiario», que es usted, y yo he escrito: José Ramallo Ortiz. La siguiente pide la edad, y he consignado: 42 años, porque son los que tiene. ¿No son los que tiene? Vamos, conteste.

—Realmente, 42 todavía no. Me faltan tres.

—Pero, hombre de Dios, ¿por qué miente? Falsedad en documento público. ¿No sabe usted que pueden mandarle a la cárcel por esto? ¿Qué objeto tiene tratar de engañarme?

—Como dicen que si se pasa de cuarenta, dan también leche en polvo...

—Qué estupidez. ¿Es usted un anciano? ¿Padece usted de úlcera, por casualidad? A veces parecen ustedes criaturas. Pasaré la mentira por alto. Al fin y al cabo, para lo que sirve todo esto... Para que yo esté colocado en esta oficina que hay calefacción, y no en el Juzgado Municipal, que no la hay. La tercera, «lugar de nacimiento». Usted ha dicho: Dueñas (Palencia).

—Porque es donde nací.

—Hasta hora todo va resultando perfectamente claro. Sólo falta un cuadrito más. Éste que está vacío. Fíjese. ¿Sabe usted leer?

—Un poco.

—Pues lea, haga el favor.

—«Profesión u oficio.»

—Exacto. De modo que usted me ha de decir en lo que trabajaba, yo lo escribo, usted firma, sabrá firmar, supongo, y se marcha y a la calle y yo a mi casa a calzarme las zapatillas, porque tengo los pies helados. Así que dígame: ¿Profesión?

—Pobre.

—Ooooh.

—¿Puedo hablar?

—Sí, muchacho, lo que le parezca. Váyase, váyase, Andrés. Yo terminaré. Déjeme la llave. Hasta mañana. ¿Qué decía?

—Si puedo hablar, se lo explicaré. Pero si se enfada. .

—Nada de eso. ¿Cómo voy a enfadarme? No son más que las siete y veinte. Hace un cuarto de hora que debía estar en mi casa con mis zapatillas. ¿Molestarme? Ni hablar. Nada de enfadarme, muchacho. Al contrario, estoy encantado de oírle. Venga.

—En la época en que yo pedía limosna, hace año y medio, decía: «Ponga usted mendicidad», y el señor que había entonces en el puesto de usted ponía: «Mendicidad».

—Espléndido. Yo puedo hacer lo mismo y...

—No, no. Ya no es igual. Ya no me dedico a ese asunto. No puede ponerlo. No lo haga. Sería capaz de presentar una protesta.

—De acuerdo. Pero si ha mentido en la edad, ¿qué le importa mentir un poco más?

—Lo siento, pero no. Uno tiene su dignidad. Y pedir limosna es denigrante.

—No me diga. Es para volverse loco. Pero usted, ¿no pedía también limosna?

—Sí, pero aquello pasó. Ya está olvidado. En la actualidad soy un hombre nuevo, un pobre completamente nuevo.

—Decididamente no lo comprendo.

—Mire, señor. Antaño, yo me ponía en las esquinas o a la entrada de los partidos de fútbol con mi boina en el suelo, y me sacaba mi jornal como cualquiera. En las iglesias, no; no es negocio. Yo me sacaba mi jornal y vivía la mar de tranquilo. Y había quien tenía sus ahorros y todo. Yo no llegaba a tanto, pero tampoco puedo decir que me fueran malamente las cosas.

—Pues no haberlo dejado.

—Es que conocí a doña Amparo y ella me abrió los ojos. ¿No conoce usted a doña Amparo?

—Supongo que no.

—A doña Amparo le gusta visitar a los pobres y meterse en sus casas y obsequiarles con bufandas y libros. Y todo porque sí, como otro quien dice. Un día que estaba yo en una esquina, se me paró delante y me dijo:

—¿Cómo se llama usted? —José Ramallo. —Pe-

dir limosna es denigrante, José Ramallo. —¿Y qué quiere usted que le haga? No puedo trabajar. Estoy enfermo. —Tenga resignación. Los pobres van al Cielo, ¿no lo sabía? —No. —Pues ya lo sabe. Los verdaderos pobres siempre van al Cielo. ¿Qué saca usted con pedir limosna? —Dinero. —Lo suponía. Siempre el dinero. El dinero es una maldición del demonio. ¿Qué hace con su dinero? Emborracharse en la cantina, jugar a las cartas, andar con mujeres. No lo estropee, José Ramallo. Deje en paz al dinero. No estropee su salvación, ya que la tiene asegurada. Usted no necesita para nada el dinero. Ya lo dice el Evangelio.

—¿Qué es lo que dice?

—No estoy muy seguro. Algo de los lirios del campo y los pájaros. Si usted quiere, pediré a doña Amparo que me lo escriba.

—No es necesario.

—Doña Amparo es enemiga del dinero. Dice: «Los pobres me causan verdadera envidia. Los pobres van derechos al Cielo. Con cuánta satisfacción me cambiaría por usted, José Ramallo». Ya ve. Lleva una cinta negra en el cuello y tiene un piso con alfombras, vitrinas y gatos, y sin embargo se cambiaría por mí, que vivo en una chabola de chapa. «Los verdaderos pobres son los hijos predilectos de Dios.» José Ramallo Ortiz, hijo predilecto de Dios. No los que excitan la caridad del público a la puerta del Estadio, con una boina vuelta entre las piernas, juntando perras para

vino, sino los auténticos pobres, como un servidor.

—En resumen, ¿qué pongo?

—Pobre.

—Le repito que no. Una expresión así no es administrativa.

—Bueno, pues entonces escriba: «Pobre evangélico». Doña Amparo me llama: «Mi pobre evangélico». Está entusiasmada conmigo.

—¿Qué le vamos a hacer? Po...bre...evan... gé...li...co. Lo escrito, escrito queda. Firme usted aquí.

—¿Está bien así?

—Perfectamente. Adiós. Las siete y media. Deberían fusilarlos a todos.

Y LA MUERTE

El Muchacho se cruzó con la Muerte en la acera, y él llevaba gabardina y ella un pullóver rojo que modelaba sus senos en punta, y él no sabía que era la Muerte, sino que la miró a los pechos y luego a la cara, como a todas las mujeres, y comprobó que tenía los ojos grises y un poco bovinos, y el cutis rosado, y una leve propensión a la papada. La Muerte también se fijó en el Muchacho y lo encontró vulgar; todavía le duraba el color de la playa, pero, en cambio, tenía ojeras y muchos granos. Y la Muerte pasó de largo, y el Muchacho siguió con la mirada la cadencia de sus caderas, y cuando el jersey se perdió entre la gente, el Muchacho se encogió de hombros y se metió en un cine. Y nunca supo que había estado a un paso de la Muerte.

El Viejo Vendedor de Plumas y Medallas recitaba, gangoso, donde los soportales:

—Hojas, pipas, collares.

Al divisar a la Muerte, le salió al paso con la bandeja de la mercancía, que llevaba colgada de una correa que le pasaba por detrás de la nuca. Ofrecía:

—Boquillas, señorita, plumas. Para su novio, para su marido.

De improviso le acometió un golpe de tos, y ella se volvió con desagrado y dijo: «Déjeme en paz», sino que el Viejo Vendedor, como estaba acostumbrado a estas cosas, se quedó tan tranquilo, y en seguida buscó otro transeúnte y se dirigió hacia él con su bandeja. Y tampoco llegó nunca a saber que había hablado con la Muerte.

El Avisador de Teatros apoyó la escalera en el muro, y era una pared muy vieja, de piedra gris, con agujeros como los del queso, y mojó la brocha en el cubo, y remontó dos peldaños, y humedeció un rectángulo de fachada y extendió encima un cartel donde había una bailarina con las piernas al aire. Pero, al ver pasar a la Muerte, con su pullóver y sus pechos, bajó la cabeza y dijo:

—Guapa.

Y ella levantó la mirada y constató que el Avisador se hallaba en mangas de camisa y era muy joven y llevaba el pelo ondulado, con mucha brillantina. Y la Muerte siguió adelante, y el otro la vio marchar y frunció los labios, pensando que era una verdadera pena no tener dinero y un coche como los señoritos. Porque ignoraba que acababa de piropear a la misma Muerte.

El Parado se subió el cuello del tabardo, que aún le duraba de cuando el Ejército, y pensó que

empezaba a hacer frío, o que quizá fuese que aún no había comido, pero que, con un poco de suerte, todavía llegaría a tiempo de tomar una sopa y un tinto en Auxilio Social. Y con ese idea apretó el paso. Dos minutos después, sin embargo, se detuvo otra vez, delante de un kiosko de periódicos, y se puso a contemplar las revistas, lamentando que, al entrar el otoño, desaparecieran las chicas en bañador de las portadas. Luego echó a andar de nuevo y entonces reparó en la Muerte, que atravesaba la calzada, y se dijo que, de todos modos, las mujeres estaban siempre buenas, pero que enormemente buenas. Y la Muerte le observó de soslayo, y él sonrió, y ella continuó su marcha y el Parado la olvidó en un momento, porque le corrían prisa sus sopas y su vino. Y no se le ocurrió imaginar que había estado reparando en la Muerte.

El Melancólico se había sentado en un banco del Parque, al sol, y había muchas hojas secas en el suelo, y él tenía un libro abierto sobre sus rodillas, pero no leía, sino que meditaba en la existencia y la encontraba absurda. Se decía: «Uno nace, y le parece que debería seguir eternamente atado al vientre de la madre, porque eso es lo único firme y seguro con que tropieza. Pero va la comadrona y dice: "Es un niño". Y la gente que hay en la habitación, repite: "Un niño, un niño". Y la partera corta con unas tijeras el cordón umbilical y le deja a uno abandonado en

medio del Universo. Y uno empieza a vivir, y un día le ponen en las manos un caballo de cartón y un tanque de juguete, y se siente feliz, hasta que se entera de que hay estrellas cuya luz no ha llegado todavía hasta nosotros y de que tiene que morirse algún día, que se queda súbitamente triste, asustado, con ganas de gritar de terror».

Una hoja de castaño cayó sobre las páginas del libro, y el Melancólico la cogió entre sus dedos y jugueteó distraídamente con ella, y crujía. Y crujió la grava del sendero bajo los pasos de la Muerte. Y sus miradas se encontraron, y ella comprobó que el Melancólico tenía la piel oscura, como si llevase dentro una lámpara negra, y él volvió a ensimismarse en seguida, porque la gente no le interesaba en absoluto.

El Presidente del Consejo de Administración aparcó su automóvil, y las ruedas frotaron el bordillo de la acera. Después, enderezó las alas del sombrero, se emplazó bien las gafas y se dispuso a abandonar el coche. Pero al ver a la Muerte, se echó hacia atrás en el asiento, y dijo, muy galante, desde dentro, para que nadie pudiera observarle:

—¿Quiere que la lleve a algún sitio?

La Muerte, le escrutó de reojo y siguió su marcha, y al llegar junto al coche percibió un vago olor a masaje facial, y el Presidente del Consejo vaciló durante tres segundos, mientras consideraba si debería o no seguirla. Sin embargo, recordó

su tensión y decidió que no. Recogió su cartera y sus guantes, salió del vehículo y penetró en el Banco. Luego, mientras el Interventor explicaba el asunto de las «azucareras», accionando muy nervioso — «Quince enteros en una noche. Inexplicable, don Luciano. Completamente inexplicable. Unas acciones que parecían tan seguras» —, el Presidente continuó pensando en la muchacha. «Tan redondita, tan bien hecha. Un verdadero bombón». Pero sin colegir, naturalmente, que se trataba de la Muerte.

El Teniente volvía del cuartel hacia la Residencia de Oficiales, y sus pisadas hacían retiñir la estrella de la espuela, y vio a la Muerte que marchaba por el paseo en dirección contraria y enderezó maquinalmente la espalda y empezó a pisar con más garbo, y cuando la tuvo cerca la miró de reojo y se dijo: «Debe ser nueva en la ciudad. Tendré que enterarme.» Pero nunca lo haría. Nunca llegaría a enterarse de que se había cruzado con la Muerte.

La Jovencita dobló la esquina, y la Muerte venía por la acera, y taconeaba, y la Jovencita se fijó en la curva de sus senos y sintió algo de envidia, pero se consoló: «Demasiado ajustada. Dentro de unos años, parecerá una verdulera». Sin embargo, la Muerte sonrió a la Jovencita al pasar y ésta se azaró y se puso encarnada y no supo qué hacer, si sonreír o no. Y lo que decidió

fue comprarse también un pullóver. Porque, desde luego, no tenía la más remota idea de que la persona que había sonreído era la Muerte.

El Perro Vagabundo se detuvo a olfatear una tapia, y, un poco más allá, una farola, sino que su pituitaria, que tenía muchos repliegues como el panal de un radiador de coche, no descubrió ninguna alianza. Su olfato constituía su apoyo, lo único que le hacía sentirse vinculado a la vida. Recorrió algunos metros. Entre las rejas de una boca de hierro, había una piel de naranja y el Perro aproximó su hocico, y estaba seca y carecía de olor, y por lo mismo, cuando percibió el de la Muerte, no el de la naranja, sino precisamente el de la Muerte, ladró por dos veces, emitió un largo aullido, dejó caer la cola y emprendió la huida. Porque el Perro, su instinto, sí que había descubierto quién era.

Y la Muerte entró en un portal y empezó a subir la escalera, y como estaba muy sombría, el rojo del pullóver se volvió de color mangre. Alcanzó el primer piso y después el segundo, y había allí una puerta con un timbre, y en el descansillo olía a verdura cocida y la Muerte torció el gesto, con desagrado. Dentro del piso vivía un Dependiente de Comercio, y casualmente decía a su mujer:

—Creo que es hoy cuando me encuentro bien

del todo. Sácame el traje gris. Y los zapatos. Me parece que esta tarde me voy a decidir a volver a la tienda.

Y la Muerte puso su dedo en el pulsador del timbre. Y tenía los ojos grises.

INDICE

Una Hora para la eternidad ... 9
La isla ... 19
Seis en un Tren ... 27
El avión ... 33
El senador tiene un problema ... 39
Testamento ológrafo ... 45
Un Director de Banco se queda solo ... 51
La despedida ... 63
Jugador íntimo ... 69
Un alto en la procesión ... 79
Confesión de un «augusto» ... 85
Fe ... 95
Dos madres para Isauro ... 101
El último rincón del mundo ... 109
Juan sin historia ... 119
Carta a nadie ... 131
Poeta atribulado ... 137
La riada ... 145
Profesión: pobre ... 151
Y la Muerte ... 159

ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR
EN LA CIUDAD DE BARCELONA,
EN LOS TALLERES DE LA
IMPRENTA SOCITRA
EN EL AÑO
1961

M. ALONSO ALCALDE

Premio Marruecos, de Poesía: 1956.

Premio Africa, de Periodismo: 1957.

Premio de poesía, de la República Dominicana: 1958

Finalista "Premio Leopoldo Alas": 1958.

Premio Ateneo de Teatro, Madrid: 1959.

Premio "Sésamo"

editorial Rocas